

LA TRANSFIGURACIÓN DE VALKYRIA DURAND

Ronald Delgado

Jamás habría imaginado que el exquisito cuerpo desnudo de Valkyria Durand descansaría junto al mío la misma noche en que la conociese.

La silueta curvilínea de su figura se insinuaba entre las sábanas, reflejándose en el espejo opaco que ocupaba gran parte del techo de la habitación de hotel de segunda en la que habíamos parado. Un par de viejas lámparas de tungsteno colocadas sobre precarias mesitas de noche lanzaban destellos débiles y amarillentos que apenas iluminaban el cuarto pero, por fortuna, brillaban lo suficiente como para permitirme contemplar todas las formas y texturas del cuerpo de Valkyria: sus ojos, parcialmente ocultos por mechones de su oscuro cabello, lucían tan profundos e intensos como los había visto un millón de veces en la televisión o la red. Sus labios húmedos y entreabiertos palpitaban tras cada leve exhalación, mientras el resto de su rostro de porcelana parecía emanar una luz propia. Diminutas gotas de sudor aún perlaban la punta de sus pezones, mientras otras caían por la curva perfecta de sus senos, presas de la gravedad. Sus piernas, largas y generosas, se confundían con las mías dejándome sentir la calidez de su piel.

Aún a pesar de su falta de maquillaje, de la tenue iluminación del lugar y de las baratas sábanas de hotel que a duras penas la cubrían, la imagen de Valkyria en el espejo, con todos los matices y tonalidades que el escenario podía ofrecer, más que una escena real parecía una pintura, una obra de arte plasmada en el lienzo del aquel espacio y aquel tiempo; o quizá una entidad virtual, una representación perfecta de belleza matemática proyectada en el aire por los implantes de realidad aumentada de mis ojos.

Nadie podría dudar de que se trataba, en efecto, de una de las modelos más cotizadas del planeta.

Sin poder evitarlo pensé en mi suerte, y en la azarosa serie de hechos que me llevaron de una conferencia francesa sobre tecnología, hasta los brazos hábiles y lujuriosos de la mujer más hermosa que jamás en la vida soñé conocer.

El motivo de mi presencia en París se debía a la *Conférence annuelle de l'électronique et de la Nouvelle*, que, como todos los años, reunía a *la crème* de los fabricantes y desarrolladores de tecnología, dispositivos y software a nivel mundial.

En vísperas del evento, el jefe de la sección de ciencia y tecnología del periódico en el que trabajaba anunció que entre los ocho columnistas que conformábamos el equipo, escogería a sólo uno como corresponsal a la conferencia. Luego de deliberar por un par de largos días, redujo las opciones a dos: otro compañero y yo. Al final, decidió seleccionarme alegando (con mucha justicia, al menos de acuerdo a mi criterio) que teniendo en cuenta que mi compañero ya había asistido a la conferencia en años anteriores, resultaría instructivo y pertinente que yo también adquiriera alguna experiencia acerca del evento.

Por supuesto, no tuve nada que discutir al respecto, considerando no sólo la oportunidad que la conferencia brindaba para conocer de primera mano los nuevos productos y prototipos que serían presentados al mundo durante el transcurso del año, sino que, además, el tratarse de mi primer viaje a Francia constituía un incentivo adicional.

Armado con un par de maletas, una jugosa cantidad de dinero en efectivo correspondiente a mis viáticos, y con suficientes módulos de memoria externa por si necesitaba respaldar los datos de mis implantes, tomé París por asalto y durante dos días me sumergí frenético en las actividades tanto oficiales como turísticas y de esparcimiento que la conferencia ofrecía.

La noche del tercer y penúltimo día, ya saturado de entrevistas, reseñas y coberturas en vivo de las diferentes presentaciones de los investigadores y empresas fabricantes, recibí una llamada urgente del jefe que en un primer momento pensé se trataba de una broma. Exaltado como siempre, con su voz apresurada y soltando palabras una detrás de otra a trompicones, me indicó que debía cubrir aquella misma noche otro evento que no estaba planificado y, peor aún, que ni siquiera pertenecía a las actividades y responsabilidades propias de la sección.

Estaba hablando de un desfile de modas.

—¿Un desfile de modas? —exclamé al recuadro de videollamadas que flotaba ante mis ojos.

Por la expresión de Coller, el jefe de sección, mi grito de sorpresa debió ser tan fuerte que el audio producido por sus transductores auditivos con seguridad surgió terriblemente distorsionado. Con el rostro todavía arrugado, Coller afirmó con la cabeza mientras se encogía de hombros.

—Ya sé que se trata de algo que no nos corresponde, pero el asunto está en que la jefa de farándula se encuentra en cama por culpa de alguna peste que pescó la semana pasada y, al parecer, esparció el virus a mitad de su personal. Quienes no están de permiso, están ocupados cubriendo otros eventos. Ya que, casualmente, eres el único corresponsal en París en este momento, la idea más brillante que se le ocurrió al director de redacción fue ordenarme que te enviara a cubrir el susodicho desfile.

Perplejo y con el ceño fruncido, balbuceé algunas palabras, al final de las cuales alcancé a decir:

—Coller... ¿Un desfile de modas? Yo no soy reportero de farándula, y mucho menos sé de trajes y vestidos y diseñadores. ¿Cómo pretendes que cubra un evento semejante?

El jefe se mordió el labio inferior y se enjugó el sudor de la frente.

—Lo sé, muchacho, pero ya te lo dije, fue una orden del director. Al parecer, se trata de una pauta muy importante. Yo intenté explicarle exactamente lo mismo que acabas de decir, pero él insistió en que cualquier periodista con experiencia, sin importar su área de especialización, debería ser capaz de adaptarse a la noticia.

Cerré los ojos y me apreté el tabique de la nariz con los dedos. Entendí que no valía de nada discutir, pues la orden venía de arriba y por lo tanto no tenía más remedio que hacer el trabajo y rogar con que el resultado cumpliera con las expectativas, cualesquiera que estas fueran, del director o de la jefa de farándula.

—Vamos, muchacho. Míralo por el lado positivo —agregó Coller—, al menos estarás unas cuantas horas rodeado de cientos de mujeres hermosas. Quizá conozcas a varias modelos famosas. Después de todo, el trabajo también incluye asistir a la fiesta que sigue al desfile.

Excelente, pensé. Una fiesta. ¡Con lo mucho que disfrutaba las fiestas! Aunque lamentara reconocerlo, no era lo que podía llamarse un sujeto *atractivo*, y jamás me había destacado por ser el alma de ninguna fiesta. ¡Ni qué decir de mis escasas habilidades para abordar con éxitos a las mujeres, en especial las más hermosas!

—No te prometo nada, Coller —gruñí como respuesta, preguntándome al mismo tiempo en qué terminaría todo aquello—. Dame el resto de la información. Nombre del evento, dirección y hora. También dame una lista de personalidades que espero encontrar y, si requieres alguna entrevista, mándame un resumen biográfico de cada uno para al menos tener idea de con quién estaré hablando.

—No te preocupes, muchacho. Tendrás la información en tu sistema en menos de quince minutos —fue lo último que dijo Coller antes de desconectar.

Y en efecto, unos diez minutos después recibí el dossier completo. Manipulando las ventanas emergentes con la punta de mis dedos, organicé los gestores de imágenes y texto en mi espacio de visión para desplegar más de una docena de documentos relacionados con diseñadores, estilistas, modelos y demás figuras relevantes del medio.

Entre ellas, Valkyria Durand.

Por supuesto, sabía quien era. Había visto su rostro y su cuerpo en multitud de comerciales de televisión, en aplicaciones interactivas de realidad aumentada, en vallas publicitarias, revistas y sitios de la red. Con apenas veintitrés años era, en aquel momento, una de las modelos más exitosas y reconocidas del mundo.

Además de sus datos personales y su extenso currículum, la información recabada por Coller incluía detalles de la vida de la modelo como sus gustos musicales y culinarios, las diferentes parejas masculinas con las que se había relacionado los últimos años, los escándalos (verdaderos y falsos) que se habían elaborado alrededor de ella, y otra serie de informes al parecer menos relevantes en el mundo de la farándula como menciones a sus estudios universitarios en psicología que cursara antes de que se hiciera famosa, o reportes que destacaban su elevado coeficiente intelectual.

Después de leer el resumen, sobre todo por lo plasmado en su parte final, no pude evitar el sentir cierta curiosidad y genuino interés hacia la mujer. A pesar de ello, nunca sospeché que más tarde esa noche mis labios recorrerían su piel y la escucharía jadear a mi oído mientras hacíamos el amor con desenfreno.

Motivado, al menos, por la posibilidad de conocer a la famosa modelo, alquilé un traje apropiado y me dirigí, a la hora indicada y vestido y perfumado para la ocasión, hasta el *Rouze Hôtel* de la *Rue de Courcelles*, lugar en donde se desarrollaría el evento.

El hotel, una hermosa edificación de cristales y concreto que combinaba en su arquitectura el Art Decó clásico con elementos modernos como gigantescos paneles de alta definición o proyecciones holográficas, bullía de tanta actividad como la que había experimentado durante la *Conférence* los últimos días. Sin embargo, en lugar de técnicos y académicos desaliñados, ejecutivos de traje ajustado o legiones de fanáticos de las computadoras, los previos del hotel que conducían al salón principal en donde estaba dispuesta la pasarela estaban repletos de hombres y mujeres que conversaban airadamente, haciendo gala de sus suntuosos trajes, sus peinados, sus joyas y sus maquillajes. Cada quien llevaba indumentarias tan elegantes y elaboradas que llegué a preguntarme si todos formarían parte del desfile.

Nunca antes me había sentido tan fuera de lugar.

Las mujeres, en especial, parecían competir entre sí en el juego de cual era capaz de lucir más hermosa. Desde vestidos largos y luminosos muy ceñidos a la cintura, hasta faldas diminutas o corsés transparentes, se me hacía difícil no mirar alelado la diversidad de piernas, traseros y senos que, reales o mejorados con trasplantes, oscilaban al aire al ritmo de las carcajadas y las copas de vino. Dependiendo de cómo se mirase, todo aquello podía resultar tan placentero como perturbador.

En el trayecto hacia el salón principal procuré identificar a algunas de las personalidades que Coller había reseñado, ayudándome con el registro visual que mis implantes oculares permanentemente mantenían desplegado a mi alrededor, pero sobre todo intenté toparme con la excepcional humanidad de Valkyria. Sin embargo, si bien tuve éxito en reconocer y etiquetar a varios diseñadores e inclusive actores y actrices de moda, no tuve

la misma suerte con la modelo. Supuse que se encontraría ocupada tras el escenario, preparándose para su paseo por la tarima.

Sin saber exactamente qué hacer decidí tomar asiento, ubicado en una buena segunda fila del frente de la pasarela, y aproveché para tomar algunas fotos del salón y para escribir con el bloc emergente un pequeño texto sobre el ambiente glamoroso que reinaba a mi alrededor. Después de todo, mi presencia allí se debía a razones puramente profesionales.

No pasó demasiado tiempo para que todos los invitados ocuparan sus asientos y, justo después de que los camareros terminaran de ofrecer generosas copas de champagne o vino, las luces del salón se atenuaron y el desfile comenzó, acompañado con los compases fuertes de una música electrónica. De inmediato activé el modo de grabación de mis implantes.

El público estalló en aplausos cuando las modelos comenzaron a ocupar sus lugares a lo largo de la pasarela, luciendo las exóticas creaciones y los extraños diseños que los conocedores solían llamar *moda*.

A los pocos segundos Valkyria Durand surgió de detrás del escenario, luciendo un vestido violeta, largo y ligero que ondeaba a su alrededor a cada paso que daba. El cabello de obsidiana se le enroscaba detrás de la cabeza hasta casi la cintura, y sus ojos, rodeados por espesos trazos de maquillaje también violeta, emanaban un fulgor intenso que la hacía destacar sobre el resto de las modelos.

Como una verdadera valquiria, soberbia e intimidante, lució su cuerpo y demostró su talento, arrebatando aplausos y concentrando el interés de los fotógrafos, reporteros y demás invitados. Registré de ella hasta el menor instante, mientras mis ojos la seguían por la pasarela cada vez que era su turno de modelar una prenda.

Al finalizar el evento Valkyria ya había ocupado un lugar permanente en mi mente. Algo en ella me hacía revivirla una y otra vez (incluso sin necesidad de recurrir a los registros visuales) para repasar cada forma sutil de su rostro y su cuerpo, pero también cada mirada y cada gesto. Más allá de por su evidente belleza, deseaba conocerla para escuchar su voz y averiguar los misteriosos pensamientos que parecían ocultarse tras su impactante figura.

Una vez que los diseñadores participantes agradecieron al público y se reunieron con las modelos en medio de la pasarela, invitaron a los asistentes al coctel de celebración que se ofrecería en el salón abierto de la azotea del hotel. Aprovecharía el momento para abordar brevemente a las personalidades más relevantes que Coller me había indicado en el dossier y, si tenía el valor suficiente, concentraría mis esfuerzos en conseguir una entrevista con quien creía la persona más interesante de todo el lugar.

Minutos más tarde me encontraba paseando por la agradable terraza, bajo un cielo ligeramente nublado que reflejaba las innumerables luces que adornaban la ciudad. Degustando exquisiteces gastronómicas, catando un sinfín de variedades de champagne y vino y disfrutando placenteramente de la suave música de fondo, los asistentes intercambiaban sus impresiones sobre el desfile, y a medida que iban apareciendo los diseñadores y las modelos participantes, reporteros y demás invitados se abalanzaban sobre ellos para felicitarlos y para escuchar sus opiniones sobre el evento. Colándome entre la multitud y acercándome a ellos con oídos agudos, pude grabar numerosas impresiones de los reconocidos diseñadores que habían presentado sus creaciones en el desfile.

Con ello, pensé, mantendré satisfechos al menos a Coller y a la jefa de la sección de farándula.

Entonces Valkyria hizo acto de presencia y, como una tromba, los fotógrafos, periodistas y admiradores la rodearon y la apabullaron con gritos, sonrisas, abrazos y demás demostraciones de afecto.

Intenté acercarme, pero mi esfuerzo fue inútil. Todos querían hablarle, contemplarla o simplemente estar junto a ella, en su frenesí convirtiéndose en una barrera impenetrable. Durante cuarenta minutos Valkyria respondió preguntas, hablando tanto en inglés como en francés y español. Firmó autógrafos, y posó para las cámaras o sensores que no dejaban de apuntarla ni un segundo. Al cabo de una hora de interrogatorio, la modelo dio las gracias a los presentes y con el mismo ímpetu con el que había aparecido en la terraza, se retiró al gazebo privado que ocupaba gran parte del fondo oeste de la azotea, dejando claro que ya había sido suficiente por esa noche.

Mientras Valkyria desaparecía tras las persianas de madera rústica, las velas aromáticas y las sedosas cortinas que decoraban el gazebo, con ella desaparecieron mis esperanzas de abordarla aquella noche. Supuse que cualquier intento de entrevistarla sería impedido por el séquito de guardaespaldas que custodiaban los alrededores de la glorieta.

Resignado, me encogí de hombros y decidí dar por finalizado mi trabajo para disfrutar de la fiesta como un invitado más, al menos por un rato. Después de cerrar las aplicaciones para fotografías y grabación y desactivar las proyecciones de realidad aumentada para despejar mi campo visual, no vacilé en probar un bocado de cada uno de los exquisitos pasabocas que ofrecían los camareros y, por supuesto, me hice con un par de copas de champagne. Di una vuelta por toda la terraza y traté de buscar conversación con alguno de los expertos y conocedores del mundo de la moda que asistían a la fiesta, pero mi incapacidad para desenvolverme de manera natural en el tema resultó tan evidente que no tuve más remedio que apartarme discretamente cuando ya nadie me observaba.

Estando ya presto a dejar el asunto hasta allí y regresar a mi hotel, observé fugazmente el área del gazebo y noté que los guardaespaldas y todo el grupo que conformaba el *entourage* de Valkyria parecían haberse ido. Curioso, me acerqué a la estructura y colando la cabeza por una de las aberturas eché una mirada al interior. Bajo el área techada del gazebo sólo quedaba una mesa de cristal repleta de copas vacías, ceniceros, restos de cigarrillos humeantes y sendos almohadones de cuero ubicados alrededor. Del otro lado, un amplio corredor daba a lo que parecía ser un mirador ubicado en el extremo de la terraza.

Preguntándome si por aquel pasillo habría alguna salida oculta y confiando en que nadie repararía en mi presencia, atravesé el gazebo y llegué hasta el mirador sin encontrar ninguna otra habitación o vía de escape visible. Tras detenerme junto a los barandales de vidrio que delimitaban la terraza del hotel, no pude evitar el contemplar con detenimiento el hermoso paisaje nocturno de la ciudad. Hasta donde alcanzaba la vista, las calles estrechas y vaporosas estaban repletas de tráfico y actividad a pesar de la hora. Los viejos hoteles y edificios antiguos, todos relucientes y bien conservados, contrastaban con los nuevos colosos de cristal y concreto que empezaban a colarse en la silueta de París. Las luces blancas, amarillas y azules de los apartamentos y los negocios chispeaban en todas partes como esparcidas al azar.

A mi izquierda, hacia el suroeste, el resplandor amarillento de la avenida de los Campos Elíseos se extendía a lo largo del horizonte, así que giré la cabeza despacio para buscar entre los edificios el Arco de Triunfo. Cuando creía estar ya apunto de encontrar la conocida obra arquitectónica, percibí que alguien más me acompañaba en la terraza, justo a mi derecha.

Era Valkyria Durand, que permanecía inmóvil con las manos una sobre la otra, sujetando la baranda del mirador. Miraba al frente, los ojos entrecerrados y los labios ligeramente abiertos. Los bucles del cabello le caían sobre los hombros y se desparramaban en su espalda. La curva de sus senos se elevaba sutilmente al compás de su respiración.

Quise decir algo, pero las palabras se esfumaron antes de que pudiera pronunciarlas. Todavía sorprendido por su repentina presencia, tragué hondo e intenté de nuevo con lo primero que me vino a la cabeza:

—Debe ser duro, ser tú —dije, pensando de inmediato en por qué había dicho aquello y si era lo mejor que se me podía ocurrir.

Valkyria, que no había parecido reparar en mí hasta ese momento, levantó una ceja y volvió su rostro. Sus grandes y brillantes ojos negros, totalmente ausentes de cualquier tipo de implante ocular, se clavaron en los míos y, luego de unos segundos, me recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Tú no perteneces acá —dijo con seguridad, en un perfecto castellano.

Enarqué las cejas y eché a un lado la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Tú no perteneces acá —repitió—. A este evento, a este medio.

—Soy reportero —dije, preguntándome si se refería a eso, o a que no era uno de los miembros regulares de su séquito.

Valkyria levantó la comisura de la boca y volvió a inspeccionarme como si ocultara algo tras mis ropas.

—Tal vez, pero no eres reportero de farándula.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Llevas un traje alquilado. Es evidente, considerando la calidad de la tela y el corte. Podría asegurar que eres el único entre los presentes que no viste un traje de diseñador. Además, nunca te había visto antes. Conozco a todos los reporteros de farándula. No sé qué razones te trajeron acá pero, sin duda, no es precisamente a la farándula a lo que te dedicas.

Sorprendido y avergonzado al mismo tiempo, sonreí.

—Supongo que no tengo argumentos contra un ojo entrenado. Tienes razón, no soy reportero de farándula. En realidad, me especializo en ciencia y tecnología.

—¿Ciencia y tecnología? —preguntó Valkyria con asombro—. ¿Y qué hace un reportero de ciencia y tecnología en un espectáculo como éste?

Motivado por su aparente interés, le conté todo sobre la serie de eventos y casualidades que me habían llevado desde la redacción del periódico a la *Conférence* en Francia, y de allí a mi primera pauta involuntaria como corresponsal en un desfile de modas.

Apenas hube terminado mi explicación, Valkyria soltó una carcajada y continuó riendo hasta que las lágrimas formaron un hilillo que corrió de su ojo derecho.

—Vamos, tampoco es tan graciosa la historia —dije, un poco ofendido por su reacción.

Ella amagó una disculpa con un movimiento de manos y se limpió las lágrimas con el canto de los dedos.

—¡Claro que lo es! —insistió—. Imagina a alguno de tus colegas que trabajen en el departamento de farándula. No lo sé, escoge al más dedicado, elocuente y entusiasta reportero de farándula. Ahora exígele que vaya a cubrir una jornada entera de la *Conférence*. Imagínalo allí, indefenso, rodeado por un centenar de equipos y dispositivos

avanzados que probablemente nunca antes haya visto, esforzándose por entender lo que sucede a su alrededor y preguntándose qué debe hacer y a quién debe entrevistar, considerando su absoluta falta de conocimiento sobre los temas que allí se tratan...

Le sostuve la mirada con los ojos entrecerrados. Sin mucho esfuerzo pude hacerme la imagen mental que ella había sugerido y, sin poder evitarlo, solté un bufido acompañado de una sonrisa. La verdad era que cualquiera de los siempre escandalosos y excitados reporteros de la sección de farándula se habría deshecho en llanto si hubiese tenido que cubrir, sin derecho a réplica, un evento como los que yo estaba acostumbrado.

—Tienes razón —reconocí.

Valkyria asintió con la cabeza y regresó su mirada al horizonte.

Por un momento permanecemos en silencio. Ella con la misma expresión serena y profunda, yo contemplándola alelado.

—¿Por qué piensas que debe ser duro ser quien soy? —preguntó entonces con voz monocorde.

Me mordí el labio inferior y esquivé la mirada. Había llegado a pensar que ni siquiera había escuchado o hecho caso a aquel comentario.

—Porque pareces ser siempre el centro de todas las miradas y comentarios. Tu presencia generó más alboroto que la de los famosos diseñadores que participaron. Todos querían hablarte, todos al mismo tiempo. Tomarte fotos, hacerte preguntas. Su interés hacia ti parecía insaciable. Eso debe resultar incómodo.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó sin volverse.

—¿A qué te refieres?

—Estas acá por la misma razón, ¿no es cierto? ¿O acostumbras a colarte en los espacios privados de las fiestas y los clubes nocturnos por pura diversión? Viniste hasta acá porque querías conocerme, ¿cierto? Porque querías hablarme, entrevistarme, tomarme una foto o grabarme como seguro lo estás haciendo con tus implantes, y así cumplir con tu trabajo. ¿O acaso esperabas alguna otra cosa?

Sentí la dureza de sus palabras como una ráfaga de aire gélido en el rostro.

—Era mi intención, sí. Al principio —confesé—. Después de todo, me enviaron por razones profesionales. Eras de las primeras en la lista de personalidades importantes a entrevistar. Sin embargo, te puedo asegurar que no estoy grabando esta conversación, ni en audio ni en video. Mis dispositivos están desactivados —dije, señalándome los ojos con un dedo.

>>La verdad es que, quería conocerte simplemente por el hecho de... conocerte. Entenderás que eres, quizá, la mujer más hermosa que jamás haya tenido cerca. Si existía, al menos, una fugaz oportunidad de conocerte y hablarte aunque fuera por un minuto, créeme no la desperdiciaría.

—Porque soy hermosa.

Enarqué las cejas.

—Interesante, también —balbuceé, arrugando el rostro. No parecían haber palabras que complacieran a la modelo. O quizá yo no sabía la manera correcta de decirlas.

—Pareces muy torpe, para ser un reportero científico.

—En presencia de alguien como tú, ¿te extraña?

Valkyria sonrió y me miró por el rabillo del ojo.

—Déjame adivinar: eres algo así como un cerebritito. Fanático de la tecnología, las computadoras y los videojuegos. Te encantan los dispositivos y no puedes vivir sin internet

o la realidad aumentada. Sabes mucho de muchas cosas y adoras las películas de ciencia ficción.

—Los libros, más que las películas. Hollywood le ha hecho mucho daño a la literatura de ciencia ficción.

Al parecer, mi comentario le agradó lo suficiente como para que volviera de nuevo su atención hacia mi.

—Y además eres torpe e inseguro con las mujeres como suelen estereotipar en todas partes.

Sentí la sangre correr a mi rostro para sonrojarme.

—Bueno, en realidad...

—Estaba bromeando —me interrumpió, y luego sonrió. Aquella sonrisa perfecta enmarcada en tan hermoso rostro me hipnotizó de inmediato—. Supongo que tenía más razón de lo que creía, cuando te dije que no pertenecías acá.

Miré a mi alrededor, al fondo de la terraza desde donde se colaba la música suave, el tintineo de las copas y el rumor de las conversaciones. Mire al cielo, a la ciudad, y luego a ella.

—Supongo que así es. No estoy acostumbrado a este tipo de celebraciones, mucho menos entre actores y actrices y modelos y especialistas del mundo de la moda.

—¿Y qué te parece, hasta ahora?

Apreté los labios. Me pregunté si decirle lo que realmente pensaba, o cualquier otra cosa que pudiera serle más agradable al oído.

—Sé sincero, por favor. Dime lo que realmente piensas —dijo, casi como si hubiese escuchado las palabras en el interior de mi mente.

—Bien, me parece que es tan impresionante como absurdo. Me refiero a que en verdad todo este mundo es muy colorido, escandaloso, tal vez. Todos gozan y alardean de su aspecto y su dinero, todos tienen algo que decir, por muy estúpido que ello sea y, por supuesto, todos visten bien.

>>¡Y cuántas mujeres hermosas! Me parece que compiten entre ellas en cual tiene el mejor vestido, o el mejor maquillaje, o quién tiene la mejor figura y quién muestra la mayor cantidad de piel...

—¿Pero? —preguntó Valkyria, inclinando la cabeza.

—Pero eso es todo —dije, encogiéndome de hombros—. No aparenta haber nada más relevante que eso, o el estilo de peinado o de vestir. O el tema de la colección, o los nuevos implantes de glúteos de fulana, o los nuevos pectorales falsos de mengano. Jamás podría sostener una conversación de más de cinco minutos con cualquiera de ellos. Parecen vivir inmersos en una burbuja de ficticio esplendor que los aísla del mundo real, donde las cosas verdaderamente importantes suceden.

—Estas cosas son importantes, para ellos —aseguró, aunque en un tono de ligero sarcasmo—. Y, por otro lado, ya tenemos más de cinco minutos conversando.

Me enjuagué la frente.

—No era mi intención ofenderte. Lo que trato de decir es que me sorprende la atención, el esfuerzo y la inversión que tantas personas pueden dedicar a un evento como este, tan irrelevante y tan...

—Frívolo, como suelen estereotipar.

—Así es. Sin embargo, no por ello deja de ser interesante al mismo tiempo. Me pregunto si es posible que tras toda esta parafernalia de glamour y refinamiento existan

también verdaderos seres pensantes que puedan hacer una diferencia no únicamente estética.

—¿Verdaderos seres pensantes? Supongo que la arrogancia la comparten tanto los tarados como los inteligentes —dijo, fulminándome con la mirada.

—Sabes a qué me refiero. Tú, en especial, eres un ejemplo de lo que estoy diciendo.

—¿Yo? ¿Qué pasa conmigo? —dijo, enarcando una ceja con expresión divertida.

—Tengo entendido que estudiaste psicología. Al menos, así afirman en el resumen que me hicieron llegar. Según dicen, eres una mujer sumamente inteligente.

—¿Y eso te extraña?

—Un poco, sí. Y discúlpame si estoy siendo prejuicioso.

—Lo eres, pero no te preocupes —dijo—. Todos lo son, de alguna manera u otra.

—Lo siento.

Valkyria negó con la cabeza.

—Culpa a la evolución —dijo—. La exaltación de la belleza en detrimento de cualquier otro aspecto importante forma parte de los rituales humanos que de alguna manera garantizan su supervivencia, o al menos, procuran servir como vehículos para encontrar las mejores y más saludables parejas. Lamentablemente, a diferencia la apariencia física y la belleza exterior, la inteligencia no puede verse a simple vista.

Tras terminar su interesante declaración, hizo un mohín con la boca y se encogió de hombros de una manera tan simpática como sensual.

—De modo que tengo razón. En efecto sí existe alguien en esta multitud que entiende mi punto de vista.

La modelo puso los ojos en blanco.

—Gran parte. Tristemente en eventos así los estereotipos y las verdades se mezclan. En realidad no puedes pedirles demasiado, créeme. Lo mejor que puedes hacer es sonreír, tratar de lucir bien y satisfacer sus preguntas estúpidas con respuestas igualmente estúpidas.

—¿Te casarías conmigo? —dijo uno segundos después, fascinado por la mujer.

Entonces soltó otra carcajada, llenando la ciudad a sus pies con los ecos de su voz. Después me sostuvo la mirada, una vez más escrutándome como si tratara de hurgar los pensamientos en mi mente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, apenas alzando la voz.

—Eliécer. Eliécer Maldonado.

—Eliécer —dijo, afincando el acento en la segunda e, siseando un poco, acariciándose los labios con la lengua—. ¿Conoces París?

—Hasta donde la conferencia me lo ha permitido.

—Entonces ven —dijo. Sin explicación alguna me tomó de la mano y me arrastró de regreso al gazebo, y de allí hasta el otro lado de la terraza para tomar una de las escaleras que conducían al piso inferior—. Dejemos esta fiesta aburrida y veamos a dónde nos lleva la noche.

Todavía electrizado por la sensación de su mano encerrando la mía, me deje llevar sin dejar de percibir la multitud de miradas sorprendidas que nos siguieron hasta que desaparecimos de la terraza.

Luego de bajar otros dos pisos por las escaleras, Valkyria me apuró por un largo pasillo de habitaciones y tras detenerse frente a la puerta de una de ellas introdujo la clave en la pantalla táctil del cerrojo. Entré en la habitación, tan excitado como nervioso y, al cerrarse la puerta a nuestras espaldas, las luces se encendieron dejando ver la lujosa decoración.

—Voy a cambiarme —dijo, caminando hacia la sala al mismo tiempo que se alzaba la falda para quitarse el vestido con destreza por encima de la cabeza. Por unos segundos pude atisbar su trasero desnudo antes de que se perdiera en el interior de la recámara principal. Tragué saliva, preguntándome si todo aquello estaba sucediendo realmente. No podía entender qué había motivado a la modelo a hacer lo que estaba haciendo.

Apenas unos minutos después Valkyria regresó a la sala vestida con pantalones y zapatos deportivos, una franela blanca ceñida, lentes oscuros y el cabello recogido con una gorra de algún equipo de béisbol que yo desconocía. También se había quitado todo el maquillaje, pero aún así sus mejillas lucían un agradable rubor y sus labios fulguraban con un rojo intenso.

—Atuendo a prueba de paparazzi —afirmó con una sonrisa. Luego me quitó la chaqueta y la corbata, las tiró a un lado y me empujó fuera de la habitación después de asegurarse de que no hubiera ningún curioso cerca que delatase nuestra escapada.

Entonces conocí París.

Apenas salimos del hotel Valkyria corrió hacia el otro lado de la calle y me apuró hasta la esquina en donde una larga avenida conducía directamente hacia el monumento del Arco del Triunfo. Eran cerca de las dos de la madrugada pero las plazas y los negocios lucían tan vivos y luminosos como a pleno mediodía.

Caminando apresurados cruzamos unas tres cuadras y finalmente llegamos a la Plaza Charles de Gaulle, en donde el conocido monumento se erguía soberbio, iluminado por faroles amarillos ocultos a lo largo de la rotonda. El tráfico en la avenida de los Campos Elíseos era pesado y constante, y multitud de turistas y transeúntes caminaban de aquí para allá, contemplando la obra arquitectónica y los edificios de los alrededores.

Como si ella misma hubiese vivido aquella época, Valkyria me contó la historia del Arco, cuya construcción había sido decisión personal de Napoleón Bonaparte tras la Batalla de Austerlitz en 1805. Con profunda inspiración, me explicó que las estatuas de los cuatro pilares representaban El Triunfo, La Resistencia, La Paz y La Marsellesa. Yo no podía dejar de escucharla y contemplarla, sonriendo. De pronto, la semidiosa Valkyria, inalcanzable para cualquier mortal, lucía tan frágil y corriente como yo o cualquiera de las demás personas que recorrían las calles de París. De hecho, fuera del ambiente de la pasarela, de los cocteles, las cámaras y los admiradores, parecía una adolescente atolondrada, como una niña que viajaba al parque por primera vez.

—¡Ven! —me dijo entonces—. Te mostraré algo que sé te gustará.

Y una vez más atravesamos una cuadra tras otra hasta llegar a una calle estrecha en donde los carros apenas podían circular por un solo canal. Pequeños cafés de coloridos ventanales ocupaban gran parte de los pisos inferiores de los edificios. Sus paredes blanquecinas de vieja y dura piedra reflejaban la luz de las pantallas publicitarias colocadas en los bordes de las azoteas de la zona. Los azules, rojos y violetas de los emisores de alta definición se mezclaban con el cálido amarillo de las anticuadas lámparas de tungsteno que todavía podían verse en las fachadas de algunos de los numerosos hoteles que existían a lo largo y ancho de la ciudad.

—Mira —dijo Valkyria, señalando un rótulo digital ubicado a lo alto de uno de los edificios.

Al observar el texto, entendí a qué se refirió cuando dijo que me mostraría algo que me agradaría. Aquella se llamaba la *Rue Newton*, y unos metros más allá estaba la *Rue Galilée*, muy cerca de la *Rue Euler* y la *Rue Kepler*. Como si hubiese estudiado física o

historia universal, me contó anécdotas sobre esas calles y sobre los científicos que les daban sus nombres. Su admiración por la ciencia era evidente.

Persistiendo en mis prejuicios, no dejé de sorprenderme pues jamás habría pensado que una modelo podría tener tanto conocimiento.

—Aunque, ahora que lo veo, tampoco es que hay por acá muchas tiendas que tengan que ver con la física —bromeé, cuando concluyó su relato.

Como un forastero bajo la tutela de una guía experta, Valkyria continuó mostrándome la ciudad, hablándome de sus calles, sus edificios y sus historias.

Poco a poco nos fuimos alejando de la zona cercana al hotel en donde había sido el desfile, pero no sentí preocupación alguna pues no cabía duda de que ella se conocía el lugar como la palma de su mano. Le pregunté si había nacido allí, en París, pues sabía que tenía ascendencia francesa, pero resultó que su lugar de nacimiento había sido Buenos Aires. Su padre era francés, y su madre argentina. Ellos viajaban constantemente de un país al otro y, aunque ella había sido concebida en Francia (según afirmaban sus padres), su gestación se vio interrumpida a los siete meses mientras su familia estaba de visita en Sur América.

Por largos y duros días, me contó, sus padres creyeron que no sobreviviría o, si lo hacía, tendría problemas físicos o mentales de algún tipo. Para su fortuna, Valkyria vivió y creció para convertirse en una de las mujeres más fascinantes y hermosas del planeta.

En un momento de silencio, de pie en una esquina desconocida de París y bajo un cielo nocturno lechoso producto del resplandor propio de la ciudad, extendí mis manos hacia el rostro de Valkyria y la traje hacia mí (no sin evidente nerviosismo) para apretar mis labios contra los de ella quizá con demasiada fuerza.

Al segundo siguiente me correspondió el gesto.

Nos besamos quizá por un minuto o dos. Como constataría mucho tiempo después, aquel delicioso sabor jamás abandonaría mi boca de nuevo.

De pronto llamó a un taxi y, hablando en rápido francés, le indicó al conductor una dirección que no pude entender. El conductor la miró con extrañeza, se encogió de hombros y apretó el acelerador después de que nos lanzáramos en los asientos traseros. Allí continuamos besándonos sin importar las miradas intermitentes del conductor.

Finalmente el auto se detuvo y, al bajarnos, noté que nos encontrábamos en una zona de la ciudad no tan limpia y reluciente como la que habíamos dejado hacía minutos. El aspecto de las calles y de la gente que las habitaba era ahora oscuro y descuidado. Me costaba creer que una persona como Valkyria, acostumbrada a los lujos, fuese capaz de visitar parajes como aquellos. Pero, por otro lado, estaba ya convencido de que definitivamente ella era una persona extraordinaria y fuera de lo común, diferente a lo que el resto del mundo solía conocer.

Con la mirada encendida y una sonrisa seductora plasmada en el rostro, Valkyria me llevó por los callejones con tanta confianza como lo había hecho en la Avenida de los Campos Elíseos. Entre las sombras y tras espesas columnas de vapores malolientes que despedían las alcantarillas y respiraderos de las aceras, sujetos de mal aspecto y mujeres que sin duda eran prostitutas nos vieron atravesar las calles con receloso interés. Un par de cuadras después tomamos las escaleras de un viejo edificio cuya fachada estaba decorada con un gigantesco letrero de neón.

En la recepción, una señora de rostro obstinado se nos quedó mirando como preguntándose qué era lo que queríamos, pero después de que Valkyria le habló y le arrojó

un par de billetes en el mostrador, la señora refunfuñó algo ininteligible y nos entregó una llave.

La habitación, ubicada en el tercer piso, compartía la decadencia del resto del edificio: cuatro paredes sucias, dos de ellas cubiertas con espejos, una cama tendida con sábanas manchadas, lámparas viejas sobre un par de mesas de noche, otro espejo en el techo y un diminuto cuarto de baño era todo lo que había en el lugar.

Sin embargo, para nuestro propósito era más que suficiente.

Valkyria no tardó demasiado en desnudarse. Yo la observé con detenimiento, disfrutando cada centímetro que revelaba de su piel a medida que las ropas caían a su alrededor. Por un instante, todavía incrédulo a lo que estaba sucediendo, pensé en activar mis implantes para grabar el encuentro y así revivirlo en el futuro cada vez que lo deseara, pero algo en el rostro y en la mirada de la modelo me hizo desechar la idea. *Aquella noche sería nuestro secreto*, pareció decirme con su expresión. Sin pronunciar palabras, le prometí que el secreto estaría seguro.

Después nos deshicimos el uno al otro entre caricias, sudor y jadeos.

Agotado, mientras descansaba mirando su reflejo en el espejo, no dejaba de maravillarme de ella, de su irresistiblemente misteriosa personalidad, de su rostro seductor, su cintura sinuosa y sus senos juguetones.

Enmarcada en el techo, Valkyria Durand se contoneó con deleite y dirigió su mirada al espejo al darse cuenta de que, absorto, la contemplaba. Durante un rato pareció interesada en mi propia figura, pero al poco tiempo dejó de pasear la vista en mi para observarse a sí misma con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué te parezco bonita? —dijo al fin, sus primeras palabras después de que hiciéramos el amor un par de veces.

Me volví hacia ella un instante y luego regresé la mirada al espejo. Mientras la veía verse, recordé el hecho de que muchas mujeres, sobre todo las más hermosas, siempre encontraban en los espejos una imagen retorcida de sí mismas. No importara cuán bien lucieran para el resto del mundo, ellas nunca parecían estar satisfechas consigo mismas. Y eso las llevaba a querer cambiarse, modificar sus cuerpos con dietas u operaciones, hasta el punto de hacerse daño y desfigurar sus rostros y sus cuerpos en la búsqueda de la armonía y la aceptación estética.

Me pregunté si Valkyria sería también víctima de dichas obsesiones. Después de todo, además de perfecta (al menos a mis ojos), todo en ella era natural. No llevaba implantes en los senos ni en los glúteos. La piel de su rostro no mostraba rastros de procedimientos rejuvenecedores, ni había señales de intervenciones quirúrgicas en ninguna parte de su cuerpo. Tampoco tenía implantes oculares, ni marcas en su cuello, espalda o brazos de los microprocesadores y memorias subcutáneas que comúnmente formaban parte de los computadores personales y sistemas de realidad aumentada.

—Porque... —vacilé al decir, unos segundos después—. Porque lo eres. Tu rostro y tu cuerpo son increíbles. Tu piel es muy suave, y su olor exquisito. Tus piernas, tus senos, tu cabello y tus ojos. ¡Todo me es imposible dejar de admirarlos!

—¿Y sólo por eso estás acá? ¿Por mi cuerpo?

Guardé silencio. Reconocía que, en parte, había sido víctima de mis hormonas y de mi necesidad de poseerla. Después de todo, ella me había llevado allí sin yo pedírselo. Pero esa no era la única razón. Algo en su manera de ser, de hablar, o en su manera de mirarme, me hacía desearla aún más.

—La verdad todavía me cuesta creerlo. Me atraes muchísimo, sí. No puedo evitarlo. Tu figura le hace hervir la sangre a cualquiera. Pero no es sólo eso. Eres tú, lo que se esconde detrás de esos ojos. Fue nuestro encuentro, los lugares a los que me llevaste, la improbable locura que ha sido toda esta noche.

—¿Improbable?

—Jamás imaginé que hoy compartiría la cama con la supermodelo Valkyria Durand. De hecho, no creo que nadie sea capaz de creerme si lo cuento.

Valkyria se incorporó hacia un lado y se montó encima de mí. Luego acercó su rostro al mío y lentamente me acarició las mejillas.

—¿Acaso no guardaste una evidencia con tus implantes?

Negué con la cabeza.

—Me basta con el recuerdo.

Ella sonrió, y después hizo círculos alrededor de mis ojos con la punta de los dedos. Estaba inspeccionando con interés los filamentos concéntricos que estaban implantados en mis retinas y que brillaban fugazmente dependiendo de cómo incidiera la luz sobre ellos. Al rato echó la cabeza a un lado para seguir las marcas de los implantes que permanecían a lo largo de mi cuello y hasta mi espalda. Se trataban de la fuente de alimentación eléctrica del sistema de realidad aumentada, los microprocesadores y las memorias, además de los dispositivos inalámbricos que me permitían conectarme con la red donde quiera que estuviese.

—He leído artículos y visto muchos videos sobre cómo funcionan los implantes —dijo, hablando muy suavemente—. Incluso llegué a usar alguna vez los incómodos lentes de contacto que utilizan los que no desean someterse a la operación, pero quienes han empleado ambos me aseguran que la experiencia es muy diferente en cada uno.

Asentí, con conocimiento de causa.

—Así es. La calidad de la imagen de los lentes de contacto es inferior, por no mencionar la velocidad de refrescamiento. Además, los cables que sobresalen, por finos que sean, son muy incómodos, como dijiste.

—Siempre he querido tener implantes —confesó, y lo extraño fue entender que no se refería a implantes de senos, glúteos o algún otro artilugio para mejorar su aspecto—. Quizá debería hacerme poner unos como los tuyos.

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿No te sería un problema? Los filamentos cambian el color y el aspecto de los ojos. Y los dispositivos, por muy pequeños que sean, dejan marcas y cicatrices.

—¿Y cual es el problema?

—¿Acaso no afectaría tu carrera? Es decir, tu figura es toda natural. Nunca te has operado nada, ¿cierto?

Valkyria arrugó la boca.

—Toda la industria de la moda, por no decir el mundo entero, está llena de hombres y mujeres que se han operado para mantenerse jóvenes y hermosos. ¿Acaso no los viste? Muchos alardean de la cantidad de dinero que han gastado en cirugías estéticas. Irónicamente, casi ninguno de ellos está dispuesto a colocarse implantes de realidad aumentada, microprocesadores o memorias capaces de ayudarlos a incrementar su productividad o sus habilidades, por temor a las ridículas marcas que pueden dejarles.

—Culpa a la evolución —dije, con una sonrisa.

Valkyria me miró perpleja y después me devolvió el gesto.

—¿Duelen demasiado? —me preguntó al oído, justo antes de retomar su interés en mi cuello y pasear la lengua por las marcas de los implantes.

—Para nada. Apenas una molestia el primer día. La vista es la que más tarda en acostumbrarse. Al principio marea, y a veces cuesta mantener el foco en las ventanas emergentes o en las proyecciones virtuales que se generan. Para muchos es duro, aunque eventualmente uno se habitúa a ver objetos, imágenes y videos que en realidad no están allí.

—Pero es muy útil.

—Para mí lo es, para mi trabajo.

—¿Y qué otros dispositivos te colocaste? ¿Mejoraste tu memoria, o tus habilidades mentales?

—Tengo transductores auditivos, por supuesto. De lo contrario no podría escuchar ni hablar a través del sistema. También dos bancos de memoria, pero sólo como medio de almacenamiento de datos. Tengo un par de antenas para conexión inalámbrica y, por supuesto, los microprocesadores que controlan todo el sistema. Sin embargo no incorporé estimuladores neuronales.

—¿Por qué no?

Me rasqué la cabeza.

—No lo sé. Por ahora no lo considero necesario. Prefiero confiar en mis propias neuronas por los momentos. Quizá más adelante, cuando la edad me lo exija.

—Confías en la belleza de tu propio intelecto —dijo con satisfacción—. Eso me gusta. Considero que la inteligencia puede ser un millón de veces más excitante que un rostro impecable o una buena musculatura.

—¡Pues vaya suerte la mía! —dije—. No soy precisamente un atractivo deportista.

Valkyria se echó a reír, pero esta vez no sentí vergüenza.

—Eres hermoso, a tu manera —dijo—. Créeme.

—Y tú eres fascinante —dije, refiriéndome no a su rostro o a su cuerpo, sino a su excepcional personalidad.

Nos besamos una vez más, y luego apagamos las luces para descansar.

Con su rostro sobre mi pecho, sus dedos todavía acariciaban las marcas de los implantes en mi cuello. En la oscuridad, escuchaba únicamente el sonido tenue de su respiración.

—Deberías colocarte unos implantes, si eso deseas —dije, susurrando—. Eso sólo podría hacerte más interesante, y más hermosa.

Aún cuando no pude verla, sé que sonrió.

Al despertar después del amanecer, ya Valkyria se había ido. De alguna manera sabía que sucedería. ¿Acaso podía pasar algo diferente? ¿Esperaba regresar con ella a su hotel para que el mundo entero conociera al nuevo amante de la supermodelo? Estaba claro que la aventura había terminado justo en el momento en el que nos habíamos quedado dormidos. Era hora de regresar a la realidad.

Me vestí rápidamente, preguntándome si recuperaría la chaqueta y la corbata del traje que se habían quedado en la habitación de Valkyria, o si tendría que pagar la multa correspondiente. En medio de mis cavilaciones, observé que en una de las mesas de noche había un trozo de papel con una nota. No sé de dónde pudo sacar el papel y el bolígrafo pues no recuerdo haberle visto siquiera una cartera, pero allí estaba la nota, escrita con letra corrida de trazo elegante. *Gracias, Eliécer*; decía, y nada más.

Asentí con la cabeza, guardé la nota en el bolsillo de mi camisa y salí del hotel en busca de un taxi que me regresara al sector de la ciudad que yo conocía.

Volví a Caracas con un dossier completo sobre la *Conférence*, una cantidad de material más o menos decente sobre el desfile de modas, y el recuerdo de una experiencia fantástica que nadie jamás creería. De vuelta en la redacción, Coller se mostró más que satisfecho con mi cobertura de la conferencia, y la Directora de la sección de farándula alabó, a pesar de todo, mi trabajo sobre el desfile. Yo volví a mi rutina diaria, reseñando nuevas tecnologías, probando dispositivos, entrevistando a desarrolladores y científicos y participando en eventos y presentaciones de los investigadores y fabricantes.

Sin embargo, mi interés hacia las noticias de la farándula aumentó de manera considerable. Me agradaba ver a Valkyria, así fuera sólo a través de los medios digitales. Supe de su participación en un par de desfiles más en otras partes del mundo, y seguí varias de las entrevistas que le realizaron tres importantes canales de variedades de Europa. En todos los casos, como era costumbre, ahondaron en asuntos triviales sobre moda y sobre los chismes de su vida personal, pero ninguno se molestó en hacer preguntas que hicieran emerger a la *verdadera Valkyria*, la mujer inteligente, arrojada y aguda que había conocido en París.

A modo de consuelo, o tal vez para engañarme a mí mismo, preferí creer que eso que llamaba la verdadera Valkyria estaba reservado sólo para mí. Nuestro secreto.

Unas semanas después, los volátiles intereses del mundo de la moda y el espectáculo se volcaron repentinamente hacia el cine y la televisión. Me costaba un poco entenderlo, pero al parecer la cantidad de información sobre un tema en particular reseñada en los medios del gremio dependía mucho de la temporada, la estación del año, el personaje en boga, o alguna otra regla no precisamente estadística que yo desconocía. En consecuencia, Valkyria dejó de ser noticia.

Al menos, hasta que reapareció en los medios cerca de ocho meses después, causando revuelo y sensación. En esta oportunidad, figuraba como promotora e imagen de *Bācharubijon Technologies*, una de las empresas fabricantes de implantes oculares más importantes del planeta.

En los días siguientes, tanto la televisión como la red y las vallas publicitarias de las principales ciudades del mundo volvían a mostrar insistentemente el rostro de Valkyria, esta vez haciendo énfasis en los trazos dorados y plateados de los filamentos que ahora resaltaban contra el fondo negro de sus ojos.

Mi primera impresión fue de gusto y sorpresa. Gusto por contemplarla de nuevo, sorpresa por el evidente cambio en su mirada. Seguía siendo ella, por supuesto, pero los destellos iridiscentes que brotaban de sus retinas llenaban su rostro con un velo sobrenatural. Casi podía asegurar que los filamentos estaban colocados de cierta forma que no sólo respondían a una funcionalidad, sino también a un valor estético.

Sin embargo, su mirada no era lo único en lo que resultaba evidente un cambio. Las marcas de los implantes de memoria y los microprocesadores, en vez de pequeñas cicatrices ocultas con maquillaje, habían sido resaltadas en la forma de figuras geométricas dibujadas en negro como tatuajes tribales. En varias fotografías para revistas o en los comerciales de televisión podían verse claramente las finas líneas que recorrían su cuello y descendían hasta la parte baja de su espalda, como un lienzo ondulante hecho con su propia piel.

La imagen de su rostro y de su cuerpo modificado me hizo recordar inevitablemente la noche apasionada que vivimos y lo que compartimos entre caricias tras conocernos. Después de todo, lo hizo, pensé. Había cedido a su deseo. ¿O quizá se había convencido de hacerlo tras el levísimo impulso de mis palabras? Esperaba que, si se trataba de lo último, hubiera tomado la decisión correcta.

Como era de imaginarse, los previos al lanzamiento de los nuevos productos de *Bācharubijon Technologies* trajeron consigo no sólo el interés de los usuarios de los dispositivos de realidad aumentada y demás aplicaciones de hardware y software, sino también de los especialistas y comentaristas de farándula, quienes se dividieron entre los que alabaron la temeraria decisión de Valkyria de intervenir su famoso cuerpo con dispositivos electrónicos, y aquellos que desplegaron una batería de críticas y comentarios despectivos hacia su nueva imagen. De cualquier modo, en cuestión de semanas las acciones y las ventas de la empresa ascendieron al punto de convertirse en la primera y más exitosa del mercado.

Me alegré por ella, sobre todo al presenciar cómo su nombre era comentado en boca de todos, incluyendo a expertos desarrolladores, directivos de empresas y entusiastas de la tecnología. Por extraño que pareciera, era la primera supermodelo que se sometía a una cirugía no con fines estéticos, sino para incorporar a su cuerpo equipos de interacción con el mundo digital que, de hecho, eran empleados cada día con más naturalidad entre la población en general. Para las empresas competidoras, la campaña de Valkyria representó un duro golpe a sus finanzas.

En particular, después de que Valkyria en persona liderara la gira promocional de la empresa y anunciara los diferentes eventos de lanzamiento a realizarse a nivel mundial. Mis piernas flaquearon cuando, en rueda de prensa desde Tokyo, sede de las oficinas matrices, la escuché mencionar a Caracas como la primera de las ciudades a visitar durante la gira Latinoamericana.

Tras dos largos meses de ansiosa espera, al fin me encontraba recorriendo los pasillos del Gran Hotel Canaima en dirección al salón principal de eventos, donde bajo un espectáculo de luces, música y multitud de stands interactivos, se presentaba la línea de productos de *Bācharubijon*, que además de los implantes VD-1, incluían toda una nueva serie de dispositivos de memoria y procesadores mejorados, receptores inalámbricos, estimuladores neurológicos y otra gran cantidad de productos, todavía en fase de prototipos, como sensores electromagnéticos y de temperatura para aumentar el espectro de capacidades de los sentidos naturales. En su mayoría, el material promocional de la empresa versaba sobre cómo la nueva línea de productos impactaría en el desarrollo cognitivo de los usuarios, ampliando y facilitando al mismo tiempo su manera de relacionarse con los medios digitales del mundo.

El rostro, el cuerpo y la voz de Valkyria podían percibirse en todas partes, en la forma de fotografías, videos o bien proyecciones de realidad aumentada, pero a pesar de la calidad de imagen y audio que mis propios implantes podían ofrecer, verla como una proyección no era para nada igual a tenerla cerca, percibir su aroma y sentir su calor.

A las nueve de la noche, por los altavoces del salón se invitó a los asistentes al auditorio central y, como una estampida, visitantes, empresarios y reporteros corrieron a ocupar sus puestos frente a la tarima. Me aseguré inmediatamente de activar la aplicación de grabación de mi sistema y hacerme con el asiento en primera fila que había reservado dos semanas antes, después de insistirle casi infantilmente a Coller que me enviara a cubrir el evento.

La presentación se inició con otro espectáculo de luces y de proyecciones generadas sobre las pantallas ubicadas al fondo de la tarima. Una banda que fusionaba rock moderno con música electrónica invadió el escenario y, después de unos cinco minutos de *performance*, Eitaro Toranaga, Director Ejecutivo de Bācharubijon Technologies, ofreció la bienvenida en melodioso japonés, por fortuna acompañado de traducción simultánea. Me impacienté, considerándolo todo un poco exagerado y rimbombante para lo que se acostumbraba en ocasiones similares. Tras un discurso de unos quince minutos que grabé por completo pero que en realidad no me molesté en prestar atención, Toranaga anunció a Valkyria, que apareció tras bambalinas seguida de un aluvión de aplausos.

Con su caminar soberbio que hacía estremecer cualquier escenario, recorrió la tarima de un lado al otro saludando con las manos. Su rostro, como siempre, iluminaba en belleza. Sus labios estaban pintados de un rojo intenso, y llevaba el cabello recogido en un elaborado peinado. Un vestido blanco y sedoso cubría su cuerpo, compuesto por algo parecido a un corsé ceñido a la cintura que al mismo tiempo sostenía sus generosos senos. Sus piernas estaban cubiertas hasta el suelo por la suave tela, que se agitaba a cada paso como la espuma de un mar turbulento.

Finalizada su caminata por ambos extremos de la tarima, se dirigió al centro del escenario y se detuvo bajo las luces, el cuerpo de medio lado, el pecho erguido y el rostro sonriente. La pose dejó ver con todo detalle el amplio escote del vestido en la espalda, que terminaba unos centímetros debajo del coxis y apenas a milímetros de donde nacían sus glúteos. Sin embargo aquello no fue lo que más llamó la atención. La intención de su gesto fue mostrar con claridad el diseño de los *tatuajes* que cubrían su cuello y su espalda, además de otro detalle que hasta el momento no había sido revelado: desde la punta de sus dedos, grupos de líneas oscuras como diminutas serpientes se extendían por la palma de la mano, pasando por las muñecas para luego subir por sus brazos hasta enroscarse a lo largo de los hombros. Murmullos y exclamaciones de asombro ocuparon el auditorio, la mayoría preguntándose si se trataba de dibujos trazados en su cuerpo para la ocasión, o quizá de nuevos tatuajes que escondían otros implantes. Yo no pude evitar el hacerme la misma pregunta.

Las imágenes de las pantallas a su espalda ofrecieron un primer plano de su rostro y, aprovechando el juego de luces generado a su alrededor, hicieron resaltar sus ojos negros jaspeados ahora con puntos dorados y plateados como polvo de escarcha.

Sentí un escalofrío. Cuando pensaba que Valkyria no podía ser más atractiva, la reencontraba en aquel escenario, convertida en un ser sutilmente diferente, ahora tan exótica como cautivante.

Con la misma naturalidad que el propio Director de la empresa, Valkyria comenzó a describir las características de los implantes VD-1, así como los periféricos adicionales que se habían desarrollado específicamente para dichos dispositivos. Habló con soltura, mencionando desde las particularidades de los procesos de fabricación hasta las prestaciones técnicas de los equipos. Luego se ayudó de las proyecciones que la acompañaban para demostrar el funcionamiento de los diversos sistemas. Su discurso era tan fluido que más que una representante del producto, parecía uno de los científicos involucrados en el desarrollo de los implantes. Pero no me sorprendí por ello. Después de todo, ya había tenido la oportunidad de conocer, de primera mano, las muchas cualidades intelectuales de la modelo.

Antes de finalizar la presentación se detuvo en el centro y justo en el borde del escenario, y se acarició a sí misma con picardía. Alardeó de toda su sensualidad al recorrer

con los dedos las líneas dibujadas en sus brazos, al tiempo que explicaba, sin dar demasiados detalles, que se trataban de sensores táctiles prototipo que, entre sus diversas ventajas, prometían revolucionar la manera de *sentir* e interactuar con el mundo digital, y con el real.

Por supuesto, el evento terminó con los aplausos de los espectadores, quienes entre incrédulos y asombrados, trataban de descifrar la función y utilidad de los susodichos sensores táctiles que apenas habían sido mencionados.

Valkyria recibió los aplausos con una inclinación de cabeza y, al levantar el rostro de nuevo, dirigió sus ojos directamente hacia los míos. Sonrió, casi imperceptiblemente, pero lo suficiente como para que pudiera sentirla muy cerca, tanto como en nuestro primer encuentro en París.

Desactivé la aplicación de grabación cuando la modelo desapareció tras el escenario.

La presentación, sin duda alguna, fue todo un éxito. En cuestión de minutos las noticias sobre los novedosos productos de Bācharubijon Technologies inundaron la red y los demás medios de comunicación. La atención de los especialistas se volcó, principalmente, en los sensores táctiles que además de colorear el cuerpo de Valkyria, auguraban una revolución tecnológica. Las cámaras, los micrófonos y grabadores de los reporteros se enfocaron en Eitaro Toranaga y Valkyria cuando reaparecieron entre la multitud para incorporarse al resto del evento.

En ese momento experimenté un *déjà vu*. Una vez más, allá estaba la modelo rodeada de una multitud de personas que vociferaban frenéticos y se peleaban por arrancarle unas palabras. Sin embargo, en esta oportunidad Valkyria avanzó entre la barrera humana y sin mucho esfuerzo me ubicó en el salón, me tomó de la mano y me haló con fuerza hacia la parte trasera del escenario mientras el personal de seguridad hacía espacio.

Tras pasar agachados por un corredor hecho de tubos y paneles de madera, cruzamos una puerta que nos condujo a una habitación tan oscura que poco podía ver por dónde caminaba. De pronto Valkyria se detuvo, me empujó contra una pared y apretó sus labios contra los míos durante un delicioso e interminable minuto.

—Eliécer —dijo, tras separarse para tomar aliento—. Puedo verte.

—Mis ojos todavía no se acostumbran, Valkyria —dije, tecleando en el aire para desactivar las proyecciones que podían interferir con mi visión.

—Pero yo puedo verte claramente. Puedo optimizar la imagen a mi alrededor. Iluminarla si es necesario, o reconstruirla virtualmente.

Enarqué las cejas, sorprendido. Mis implantes no contaban con semejantes capacidades.

—Lo hiciste entonces, Valkyria. Te operaste.

—Así es —dijo. Pude notar el contorno de su sonrisa.

—Por eso desapareciste durante tanto tiempo, ¿cierto?

—¿Me extrañaste?

—La verdad es que no pensé que te vería de nuevo, al menos en persona.

—Tenía que darte las gracias.

En la penumbra, las sutiles formas de su rostro se hicieron visibles lentamente. El olor de su piel me hizo agua la boca.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

No respondió. Entre pasillos oscuros me condujo hasta las puertas de un elevador. Subimos y, al abrirse las puertas, nos encontramos directamente en una enorme habitación

iluminada a media luz. No esperó llegar a la recámara principal para quitarme la ropa. Yo tampoco dudé demasiado en deshacerme del vestido que me separaba de ella.

Entonces la recorrí con la mirada, ansioso, pero también un poco perturbado. Las líneas que surcaban sus manos, brazos y espalda resultaban mucho más evidentes cuando contrastaban contra su pálida piel. Sus piernas, pude notar, también estaban llenas de los trazos oscuros, desde los talones hasta las caderas. Vistas de cerca, advertí que las líneas tenían un levísimo relieve, y que su textura tenía el aspecto de la goma o del cuero.

—¿Qué son? —pregunté, mientras Valkyria ocupaba la cama gateando en mi dirección.

—*Promotores del tacto*, le decimos por ahora —dijo, y me tocó los pies con la punta de los dedos, justo donde comenzaban los trazos—. Además de aumentar la sensibilidad táctil según los requisitos del usuario, también ofrecen realimentación controlada.

Comprendí lo que decía cuando sentí una pequeña descarga eléctrica que surgió de sus dedos y subió por mis pantorrillas hasta desvanecerse en un agradable cosquilleo.

—Puedo afinar también la percepción de la temperatura o la textura, y guardar cada uno de los registros en la memoria del sistema. Con los datos, puedo simular tu piel si quisiera sentirla de nuevo más tarde.

Reptando hacia mi pecho, se aseguró de mantener siempre el contacto entre nuestros cuerpos, enviando vibraciones y patrones estimulantes a través de los llamados promotores.

—Es increíble, Valkyria —balbuceé—. Puedo sentirte como si...

—Lo sé —cortó, y me besó.

Se enroscó sobre mí. Me hizo acariciar los implantes en su cuello y recorrerlos con la lengua hasta el final de su espalda. Luego me apuró en su interior... apenas resistí unos minutos.

Todavía jadeando, contemplé el rostro sereno y sudoroso que descansaba a mi lado. Los filamentos en sus ojos relucían como estrellas en miniatura, fundiéndose con las pinceladas negras y marrones que coloreaban sus pupilas. Resultaba hermoso, de una manera muy extraña.

—¿Qué más pueden hacer? —pregunté, sosteniéndole la mirada fijamente.

Valkyria sonrió.

—Puedo ver todas las interfaces típicas de realidad aumentada. Por supuesto, estoy conectada a la red y a sus servicios. La resolución, sin embargo, al menos duplica a los modelos anteriores, como los tuyos, por ejemplo.

Hice un mohín con la boca.

—También puedo optimizar la visión, como te dije antes. Puedo modular la cantidad de luz que entra a mis ojos, o reconstruir las características y colores del entorno. Puedo ver infrarrojo y ultravioleta. También puedo sentirlo todo, gracias a los promotores —flexionó una pierna para colocarla sobre mi cadera y acariciarme los pies con los suyos—. Puedo sentir las más ligeras variaciones de temperatura y electromagnetismo, o percibir las ondas mecánicas que se propagan en los objetos. Puedo escuchar y sentir el latido de tu corazón, así como el nerviosismo que te invade en este momento.

Tenía razón, estaba nervioso. En efecto, Valkyria ya no era la mujer que había conocido. Era algo más que eso.

—¿Y cómo lo conseguiste? Estaba al tanto de muchos estudios relacionados con dispositivos con esas características, pero imaginé que faltarían años de investigación y desarrollo antes de verlos en funcionamiento.

—Me asocié con Bācharubijon —explicó sin rodeos—. Les ofrecí financiar sus investigaciones si eran capaces de brindarme los mejores implantes que podían existir. Aceptaron sin chistar después de considerar los beneficios que mi imagen podía traerles, y después de verificar mis fondos y enterarse de que yo no era simplemente una modelito estúpida que no había sabido invertir las ganancias de su carrera.

>>Me involucré en el desarrollo, y orienté muchos de sus prototipos. Insistí en los promotores, y en algunos otros equipos que aún están en la fase de pruebas.

—¿Es decir que habrá más? ¿Más modificaciones para tu cuerpo?

Valkyria centelleó la mirada.

—¿Te molesta?

—No, por supuesto que no. Sigues siendo tan hermosa como cuando te conocí. Apenas puedo creer que esté aquí de nuevo contigo. Es sólo que resulta un poco extraño, debo confesarlo. ¡Mucho se ha hablado de la osada decisión de Valkyria Durand de alterar su immaculado cuerpo!

—Suenas como tabloide amarillista —se mofó—. Ahora sostengo que esperé demasiado en hacerlo. Debo casi todo mi éxito a esos genes que me dieron un cuerpo y un rostro atractivo, lo reconozco, pero después de aquella noche en París, supe que había llegado el momento de liberarme de todo eso que en el fondo despreciaba.

>>¿Permíteme decirte algo que he aprendido sobre este mundo, Eliécer! —exclamó—: No importa cuantas veces te repitan que lo que importa realmente es la belleza interna, siempre las personas atractivas tendrán una ventaja sobre el resto. Y lo que es peor, en presencia de una persona hermosa, los demás jamás se esforzarán en conocer lo más mínimo de tu inteligencia y tu belleza interior. Para ellos, sólo eres un bonito cascarón.

Aunque la entendía, sus palabras y su tono de voz denotaban claramente rencor.

—¿Recuerdas cuándo fue la primera vez en la vida que me viste? —preguntó, aguzando los ojos—. No en persona, sino la primera vez que te topaste con mi rostro o mi cuerpo.

Me encogí de hombros.

—No estoy seguro. Supongo que sería hace unos años en una publicidad en la red o en un comercial de televisión.

—¿Y cual fue tu primer pensamiento al verme?

Eso sí lo recordaba.

—Se me cayó la mandíbula por lo bella que estabas, que estas... ¡Que eres!

—Dudo que en ese momento hayas llegado a pensar en lo interesante que sería conversar conmigo sobre mis gustos particulares, mis lecturas favoritas, o mis opiniones sobre la situación política mundial.

Arrugué el rostro, apenado.

—Culpa a la evolución —dije, procurando calmar su repentino arrebato con el viejo chiste.

Valkyria cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Vivimos inmersos en sociedades que vanaglorian el aspecto, Eliécer. Lo sé porque yo formo parte, y lo he sido desde que era una adolescente. Sé que en realidad no hay mucho que podamos hacer al respecto pues supongo se trata de la naturaleza humana, pero te has preguntado alguna vez cómo sería el mundo si, por ejemplo, la inteligencia o las capacidades mentales de una persona pudieran verse también a simple vista.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No estoy segura. Simplemente trata de imaginar personas que puedan exteriorizar de alguna manera su inteligencia, o su bondad, o su humildad, o inclusive su maldad o apatía hacia los demás.

—Pero todo el tiempo hacemos eso, Valkyria. Con la manera como actuamos, como tratamos a los demás, o con las cosas que decimos o callamos día a día. Así exteriorizamos lo que somos.

—¡No es eso lo que quiero decir! —insistió ella agitando las manos en el aire—. Así como las personas lucen joyas o maquillajes o vestidos para adornar sus cuerpos, o se someten a operaciones para estirar sus rostros, agrandar sus senos, contornease el abdomen o reafirmar sus músculos con fines puramente estéticos, imagina si pudiésemos exteriorizar, literalmente, nuestra inteligencia. ¡Que algo en nuestros cuerpos, en nuestro rostro o en nuestras manos resaltarán por fuera todas nuestras virtudes internas!

Después de terminar sus palabras, con un tono mezclado entre la emoción y la desesperanza, guardó silencio. Yo sopesé sus palabras.

A decir verdad, jamás había llegado a pensar aquello. Estaba acostumbrado a vivir en un mundo en donde la inteligencia y demás cualidades humanas abstractas debían entenderse y apreciarse de una manera indirecta o quizá filosófica. Era capaz de ver, o mejor dicho, *valorar* la inteligencia o la personalidad de alguien generalmente después de conocerla, escucharla y compartir con ella por un tiempo. A primera vista, la mayoría de las veces era imposible emitir una opinión acertada sobre las capacidades intelectuales de cualquiera.

Por otro lado, no cabía duda: independientemente del sexo, un rostro bonito y un cuerpo bien formado siempre atraían la atención y despertaban la amabilidad de la gente, fuese la primera, la tercera o la décimo segunda vez que se toparan con este.

Pensé entonces en qué pasaría si el tamaño de los senos o el volumen de la musculatura fuesen estrictamente proporcionales a la inteligencia. O si la armonía de la silueta del *derrière* femenino o la prominencia del mentón masculino guardasen alguna relación con las habilidades matemáticas, o artísticas o musicales de una persona. No pude evitar el enarcar una ceja, lleno de curiosidad, y contemplar de arriba abajo esas marcas oscuras en el cuerpo de Valkyria que tal vez pretendían servir de algo más que como *promotores del tacto*.

—¿Por eso lo hiciste? —le pregunté—. ¿Como una forma de mostrarles a los demás todo eso que no pueden ver?

—No —aseguró con firmeza—. Lo hice porque quería, aunque en parte me ayudaste a tomar la decisión. Me sentía ajena, tan ajena como tú lo estabas aquella vez en París, cuando tuviste que cubrir el desfile de modas. Me fue muy fácil darme cuenta de que no pertenecías a ese entorno, que estabas fuera de lugar, y del mismo modo comprendí que mi situación no era muy diferente. Decidí recuperarme, volver a ser mi propia dueña, y hacer con mi cuerpo y mi mente lo que me viniera en gana.

Pensé en preguntarle si, después de todo, había dejado de sentirse ajena, pero por alguna razón deseché el pensamiento.

—¿Te implantaste potenciadores neuronales? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—Confío en la belleza de mi propio intelecto —dijo, sonriente—. A decir verdad, los implantes oculares y los promotores han bastado para enriquecer mi mente como nunca lo habría imaginado. Supongo que sucede de forma similar a como cuando una persona es atrapada por la lectura: al principio, leemos por interés o diversión, pero si mantenemos la

costumbre, poco a poco y sin darnos cuenta nuestra mente cambia, nuestro vocabulario crece y empezamos a ver y entender el mundo de una forma diferente.

>>En vez de sólo libros y literatura, ahora dispongo de una cantidad casi infinita de información sensorial y digital que forman parte de mí. No son sólo las imágenes que veo, modifico y proceso a mi antojo, sino también lo que siento con mis dedos y mi cuerpo, las texturas de mi entorno o los sutiles cambios de temperatura y magnetismo. Es todo un nuevo lenguaje que me habla y me enseña experiencias completamente nuevas y excitantes. ¡Y aún es cuando quedan opciones por explorar!

Bajé la mirada, preguntándome hasta dónde sería capaz de llevar todo aquello.

—De modo que seguirás intentándolo. Vas a seguir invirtiendo en Bācharubijon y continuarás con la investigación.

—Por supuesto —dijo con entereza—. No puedo detenerme ahora, no después de todo lo que he aprendido. Además, los prototipos en los que trabajamos están llegando a su fase final. Tal vez, cuando los productos estén optimizados y listos, quieras hacerte instalar alguno.

Se volvió hacia mí, deslizando los dedos sobre mi pecho. El cosquilleo reapareció, para dirigirse justo a mi entrepierna.

—Tal vez —dije, pero vacilé antes de hablar. Temía que, encima de todo lo que ya era capaz de ver y hacer, también pudiera detectar una mentira.

—¿De humor para otra demostración? —preguntó, con una sonrisa traviesa.

Después apagó las luces.

Nos vimos de nuevo al día siguiente en el aeropuerto, justo antes de que partiera con su equipo a Brasil al próximo evento. Ya que ella disponía ahora de los implantes, intercambiamos contactos para poder mantenernos comunicados.

Me prometió que me escribiría, que me enviaría fotos y videos, o que conversaríamos a través del sistema. Después me abrazó en medio de un corredor repleto de *paparazzi* y se despidió con un beso en la mejilla. Los reporteros me acosaron cuando salí del aeropuerto, preguntándome quién era, cuál era mi relación con Valkyria o en dónde la había conocido. Por supuesto, quienes trabajaban en la sección de farándula del periódico no pudieron contener la curiosidad, y por semanas intentaron sacarme esa información valiosa que todos comentaban pero que nadie sabía precisar. Fue extraño ver mi rostro en los medios, y las grabaciones de aquel beso en la mejilla, aún días después de que ella se había ido.

Para mi sorpresa, no tardó en escribirme. Un par de semanas tras su partida me envió un breve correo electrónico relatando el éxito de sus presentaciones en Río y Santiago. Finalizó el mensaje recalcando con alegría que su próxima parada era su querida Buenos Aires.

Seguí su gira a través de las noticias, y almacené todas las reseñas y grabaciones de las presentaciones que pude conseguir. No se trataba de ella realmente, lo sabía, pero las proyecciones de realidad aumentada me servían al menos para tener la ilusión de su presencia.

Sus correos continuaron llegando, casi todos contando los pormenores de la gira, y también envió bastantes fotos, la mayoría tomadas por ella misma con los implantes. Sin embargo, me resultó muy incómodo el poder ver el mundo a través de sus ojos pero no tener la capacidad para saber qué sentía o qué pensaba en esos momentos. Después de

haber *experimentado* a Valkyria Durand como yo lo había hecho, unas simples imágenes de alta definición no le hacían justicia.

Hablamos en tiempo real en varias oportunidades, ya fuera con videollamadas o por canales normales de audio, y también me envió un par de videos que resumían sus aventuras por las Américas como modelo y representante de una empresa tecnológica. ¡Cuánto habrían pagado los medios y los expertos en farándula por información como aquella!

Al Valkyria regresar a Europa la frecuencia con la que intercambiábamos mensajes disminuyó, supuse que por la cantidad de compromisos que tendría en las grandes ciudades. Por las noticias me enteré de que luego de Europa continuaría a Asia para finalizar la gira, y entonces regresaría a las oficinas principales de Bācharubijon Technologies para trazar *nuevos proyectos profesionales*. Esas fueron las palabras que usaron en los medios creyendo referirse a sus próximas campañas como modelo, pero yo sabía que en realidad se trataba de continuar con sus planes de investigación y desarrollo.

Eventualmente, dejé de recibir sus fotos o videos.

Como solía ocurrir, la atención mediática alrededor de ella y sus dispositivos fue menguando y redirigiéndose hacia otras novedades. Unos cuatro meses después de nuestra despedida en el aeropuerto recibí un último mensaje de ella que decía: *Créeme, me verás de nuevo. Esta vez, realmente.*

Me mantuve despierto una noche entera contemplando las palabras que lucían proyectadas en el techo sobre mi cama. Cuando pensaba que había tenido el privilegio de conocer a la verdadera Valkyria, ella sentenciaba en una línea que la realidad todavía estaba por verse. Esa misma noche un pensamiento inquietante se enquistó en lo profundo de mi mente: no había duda de que, cuando la viera de nuevo, me encontraría con una mujer diferente de la que había amado en París, y de la que me había electrizado en Caracas. La pregunta era, ¿cuán diferente?

La respuesta la obtuve en Tokio poco más de un año después, en la noche del brindis de apertura de la *Electronics and Software World Conference*. Al parecer el resultado de mi trabajo en Francia había rendido sus frutos pues Coller no vaciló ni un instante en asignarme para cubrir el evento, pero no pude dejar de preguntarme si mi fugaz relación con Valkyria (que muchos especulaban acertadamente se había iniciado en aquella oportunidad) habría tenido algo que ver.

Preferí no ahondar en ello, en especial cuando en esta oportunidad no asistía solo a la conferencia. Me acompañaba en el viaje Gabriella Dagnino, quien se había convertido en mi pareja hacía unos cuatro meses. Trabajaba en el Departamento de Recursos Humanos del periódico, y aunque llevaba conociéndola bastante tiempo y habíamos conversado varias veces, nunca la había imaginado como alguien que pudiera interesarse en mí. Teniendo en cuenta que era una mujer bastante simpática y atractiva, siempre la consideré fuera de mi alcance.

Al menos, así había sido antes de conocer a Valkyria. Elevar considerablemente mis niveles de confianza era uno de los efectos que la modelo había causado en mi persona. Cuando mi vida en la ciudad y en el periódico volvió a la normalidad y la imagen de Valkyria se tornó nuevamente en un agradable recuerdo, noté que mi manera de interactuar con el sexo femenino había cambiado por completo.

Tanto, que apenas un par de citas me bastaron para robarle un beso a Gabriella y hacerle saber que disfrutaba su compañía.

Nunca le pregunté si había visto las conocidas imágenes y las grabaciones de mi despedida con Valkyria en el aeropuerto. Ella tampoco mencionó nunca nada al respecto. Si conocía el suceso, pensé, por fortuna parecía no darle importancia.

Aprovechando que el evento coincidía con parte de los días de sus vacaciones, Gabriella asomó la posibilidad de venir conmigo a la conferencia en Tokio y, por supuesto, yo no encontré ninguna objeción. Durante las jornadas podría ayudarme con el trabajo periodístico, y el resto del tiempo sin duda lo dedicaríamos a hacer turismo y a conocer los diversos placeres que aquella maravillosa ciudad tenía para ofrecer...

Aunque quizás debí suponerlo, jamás pensé que Valkyria reaparecería precisamente en Tokio y justo durante la conferencia. Creo que, aún después de todo lo que había ocurrido en mi vida, todavía seguía subestimando a mi propia suerte.

Luego del espectáculo de apertura del evento, que se realizó en las instalaciones de un extravagante y espacioso centro de convenciones ubicado en pleno Akihabara, el comité organizador invitó a un brindis en el Pabellón Central de la edificación y sorprendió a los presentes con un despliegue de robots que sirvieron las bebidas y los entremeses. Las máquinas, demostraciones perfectas del poderío tecnológico japonés, deleitaron a los asistentes con su gracia y naturalidad. Yo no dudé en registrar con mis implantes cada movimiento y cada expresión de los impresionantes robots, pues estaba seguro de que pronto darían mucho de qué hablar. Gabriella, anonadada con toda la tecnología a su alrededor, miraba a los lados con los ojos abiertos como platos y la boca hecha una mueca de asombro. Sonreí al verla, pues era evidente que la estaba pasando bien.

Un levísimo rumor se fue propagando repentinamente en el auditorio cuando una figura ajena a todo lo que habían visto hasta ese momento se presentó caminando con soberbia entre los invitados, seguida por un séquito de asistentes y guardaespaldas. Las expresiones en los rostros de los presentes fueron suficientes para hacerme saber con certeza quién era la persona que hacía su entrada en el lugar.

Valkyria, murmuré.

Gabriella volvió su rostro hacia el mío al escucharme, frunció el ceño, y después buscó con la mirada a la mujer que todos contemplaban, ahora enmudecidos.

Sentí un hormigueo perturbador en el estómago cuando finalmente pude distinguir con claridad la modificada humanidad de Valkyria Durand. Al instante, mi atención se dirigió a su rostro y su cabeza. Aquella larga, hermosa y salvaje cabellera que parecía tener vida propia había desaparecido por completo. A lo largo de sus sienes y más allá de la frente, la cabeza rapada mostraba una serie de figuras como paneles facetados que fulguraban con una luz azul intensa. Sus ojos, muy sutilmente, también mostraban cierto matiz celeste.

Llevaba un vestido largo color crema coloreado en su parte inferior con patrones verdes y turquesa que combinaban con las luces de su cabeza, mientras la parte superior, escotada tanto en el pecho como en la espalda, se sostenía de su cuello con alguna clase de hilo invisible. De entre sus senos brotaban docenas de líneas muy finas como los filamentos que ya todo el mundo conocía, aunque en este caso, en vez de negros, tenían un aspecto tornasolado, como el interior iridiscente de una concha marina. Las líneas la recorrían desde el pecho y hasta su espalda, entremezclándose con los antiguos patrones oscuros que formaban sus promotores de tacto. La piel de sus manos lucía más oscura, y el color se difuminaba hasta su tonalidad natural a lo largo de los brazos.

Al igual que las extrañas criaturas de las profundidades abismales, coloridos patrones chispeaban repentinamente y recorrían su cuerpo como fenómenos eléctricos. Supe desde el primer momento que las formas luminosas, tanto las de su cuerpo como las que parecían incrustadas en su cabeza, no respondían a fines puramente estéticos.

El rumor del auditorio se tornó en algarabía cuando las cámaras y los reporteros se desentendieron de los robots y las demás presentaciones del evento para volcarse hacia Valkyria y revelar al mundo la primicia.

—¿Esa es Valkyria Durand? —susurró Gabriella a mi lado, que miraba a la modelo con repulsión en el rostro.

—Sí, esa es Valkyria —afirmé, siguiendo a la modelo fijamente, todavía incrédulo con lo que estaba viendo.

—Tú la conoces —dijo Gabriella, no precisamente a modo de pregunta.

Asentí con la cabeza unos segundos después.

—Supongo que supiste del incidente en el aeropuerto.

—Todo el mundo lo supo.

—Jamás me dijiste nada al respecto —se quejó.

—Jamás me lo preguntaste, aún cuando, como dices, todo el mundo lo sabía.

—¿Cómo la conociste? —preguntó.

Entrecerré los ojos y reviví en un centelleo las noches extraordinarias que viví con la modelo.

—Aunque no lo creas, en un desfile de modas —dije, y me volví hacia Gabriella con una leve sonrisa en el rostro. Ella me miró como si estuviera bromeando—. Fue pura casualidad, recuérdame contarte luego. Simplemente nos hicimos amigos después de eso.

—¿Amigos? —dijo, levantando una ceja.

Me encogí de hombros.

—Apenas nos vimos un par de veces.

—Al parecer, fue tiempo suficiente para entablar una *amistad* —dijo, sin lucir muy convencida de mis palabras. Luego regresó su atención a Valkyria que, protegida por sus guardaespaldas, daba entrevistas y posaba para las fotos—. Pero, ¿en qué clase de monstruo se ha convertido? ¡Recuerdo que era muy bella!

Yo también lo recordaba. Me había cautivado desde la primera vez que posara mis ojos en ella, mucho más después de que se colocara los implantes oculares. Y me había hecho estremecer cuando los filamentos en sus dedos habían recorrido mi cuerpo. Pero sobre todo, se había grabado muy hondo en mi mente y en mi corazón tras conocer sus pensamientos, sus ideas, sus historias y sus sueños. Sin embargo, al ver el exótico ser en el que se había convertido, no dejé de preguntarme si tal vez habría ido demasiado lejos.

De pronto sentí miedo, tal vez porque en el fondo sabía que tarde o temprano esa noche nos toparíamos de nuevo frente a frente.

—Lo es... lo era —titubeé.

—¿Te parece que sigue siendo bonita? —exclamó, arrugando el rostro—. Ya ni siquiera parece un ser humano.

No supe qué contestar. Gabriella tenía razón: no había duda de que Valkyria era ahora algo más que un simple ser humano.

—Digamos que es una persona bastante interesante... por dentro —dije al fin.

—Pues pienso que se volvió loca. ¿Puedes creerlo? ¡Se rapó la cabeza y se incrustó luces en el cráneo y en la piel! ¿No le pareció suficiente con los implantes que se colocó hace un tiempo?

—También tú tienes implantes —le recordé, señalándole los ojos con un dedo. Me contuve de apuntarle luego a sus generosos pechos.

—Oculares, como todo el mundo. De lo contrario no podría conectarme ni hacer nada de lo que estamos ya acostumbrados. Aquello es cosa de un enfermo —indicó en dirección a Valkyria, que seguía acosada por la multitud.

Hablaba sonriendo y sin dejar de caminar y saludar a los presentes, mientras los reporteros llamaban su atención con insistencia. Deseaba escuchar lo que estaba diciendo, pero la distancia y la gente me lo dificultaban. Sin embargo, si Valkyria seguía caminando en la dirección que llevaba, en pocos minutos pasaría muy cerca de nosotros.

—Viene hacia acá —dijo Gabriella con desdén, aunque también con una pizca de nerviosismo—. Tal vez te encuentre entre el gentío y quiera saludarte.

—Con tanto alboroto, no lo creo —aseguré.

Pero estaba equivocado. Valkyria (y su comitiva) se dirigió precisamente hacia donde estábamos, como si hubiese advertido mi presencia desde mucho antes.

Teniéndola ya a escasos metros echó una mirada a su alrededor y no tardó demasiado en encontrarme. Sonrió, y yo no pude más que devolverle el gesto. Como un hada de historias de fantasía, fue a mi encuentro iluminándolo todo con un halo azul sobrenatural. Los tonos de sus sienes se suavizaron cuando se detuvo al fin frente a Gabriella y mi persona.

—Eliécer —dijo, haciendo énfasis en las sílabas correctas, como siempre.

—Valkyria —dije, intentando no hacer tan evidente el nerviosismo en mi voz, mientras trataba de ver con más detalle los curiosos paneles que coloreaban su cabeza—. Qué gusto verte.

La modelo asintió lentamente.

—El gusto es mío, Eliécer. ¿Y quién tiene la suerte de acompañarte? —preguntó, volviéndose hacia Gabriella.

Yo intercambié miradas entre las dos un par de veces y después hice las presentaciones del caso.

—Gabriella, Valkyria Durand. Valkyria, ella es Gabriella Dagnino, mi...

—Su pareja —se adelantó Gabriella.

Valkyria le tendió la mano, y Gabriella levantó la suya para corresponderle el saludo, pero al observarle la piel cubierta de filamentos y líneas de colores cambió de parecer y la retiró con un gesto poco agradable. Valkyria pareció divertida más que molesta.

—Pues es un placer conocerte, Gabriella. Veo que Eliécer sigue teniendo el mismo buen gusto de siempre —dijo, mirándola fijamente con aquellos ojos que refulgían como gemas ardientes.

—Me ha dicho que son amigos —respondió Gabriella sin darle mucha importancia al comentario de la modelo.

—Podría decirse, sí. Nos conocimos hace un tiempo. El me asesoró cuando necesité información sobre mis primeros implantes. Muy buenos consejos, ahora que lo recuerdo —dijo, y ondeó las manos frente a su rostro para hacer énfasis no sólo en sus implantes oculares, sino en los filamentos y demás dispositivos agregados a su cuerpo.

—Quizá demasiado buenos —me aventuré a decir—. Supongo que resultará tonto decir que luces diferente. ¿Qué... qué te has hecho ahora?

Valkyria esbozó una sonrisa de entusiasmo.

—Exactamente lo que conversamos en nuestro último encuentro, Eliécer. ¿Lo recuerdas? —con su gracia natural giró su cuerpo y su cabeza levemente para que pudiéramos ver con claridad los paneles que rodeaban su cráneo. Al detallarlos noté que no se trataban en realidad de incrustaciones que sobresalían de su cuero cabelludo, sino más bien de figuras compuestas por minúsculos hexágonos como un panal de abejas que estaban introducidos por debajo de su piel, tan nítidos y brillantes que parecían dispositivos externos—. Entre otras cosas, están viendo una representación gráfica de mi coeficiente intelectual.

—¿Una qué? —exclamó Gabriella, incrédula.

¿Lo lograste?, pensé, debatiéndome entre la incredulidad y el asombro.

—Creo que será mejor reunirnos en privado para conversar —dijo Valkyria—. Con el alboroto y todo este ruido será muy difícil que les cuente. ¿Qué les parece si cenamos, juntos dentro de un par de horas? Les enviaré alguien a su hotel para que los recoja.

Miré a Gabriella. La expresión de su rostro hacía evidente que Valkyria no le caía precisamente bien, pero al mismo tiempo se notaba que la curiosidad la estaba matando. Aunque resintiera de mi relación con la modelo, sabía que no por ello dejaría de aprovechar la oportunidad de cenar con una celebridad como ella.

—Está bien —dije, después de que Gabriella pusiera los ojos en blanco—. Te enviaré un mensaje con la información.

Valkyria sonrió, se despidió con una inclinación al estilo japonés y luego retomó su recorrido para continuar exhibiéndose y destellando entre los asistentes de la conferencia.

—¿Hasta tienes su información de contacto? —me reclamó Gabriella—. ¿Acaso conversabas con ella cada dos por tres y nunca me lo dijiste?

—No, para nada. Hacía más de un año que no sabía de ella.

Gabriella puso la boca como una línea y permaneció en silencio unos segundos, contemplando a la extravagante mujer que, una vez más, era objeto de todas las miradas.

—¿Qué rara! —exclamó—. ¿Crees que lo que dijo sea verdad? ¿Crees que eso azul que brilla sea su inteligencia?

Asentí convencido, pero no sin antes sentir un profundo escalofrío.

Cerca de una hora después de que regresáramos al hotel llamaron a nuestra habitación para indicarnos que una limusina esperaba por nosotros. El vehículo nos paseó por la luminosa ciudad de Tokio unos veinte minutos antes de detenerse en el umbral de un ostentoso hotel cuya arquitectura, como todo en Japón, parecía arrebatada al futuro.

Proyecciones en las columnas y paredes, hologramas y espectáculos de realidad aumentada fundían lo real con lo virtual de una forma tan perfecta que a veces resultaba imposible distinguir una cosa de la otra. Los robots de servicio, como pude constatar luego, pululaban en todas partes y llevaban a cabo sus tareas de una forma tan natural como las de cualquier otro empleado del edificio. Pensé, cuando finalmente nos topamos de nuevo con Valkyria en el interior de un lujoso restaurante, que la escogencia de Tokio como lugar para reaparecer a la palestra pública no había sido una decisión fortuita. Aquella ciudad resultaba tan sorprendente como en lo que ella se había convertido.

Valkyria nos recibió en un salón apartado del restaurante, sentada sobre una esterilla y acompañada tan sólo por una taza de té humeante que yacía sobre la mesa rectangular frente a ella.

—¡Eliécer, Gabriella! —saludó al vernos—. Siéntense, por favor.

El azul de su cabeza inmediatamente se hizo más intenso, lo que me hizo suponer que las tonalidades respondían a sus expresiones o estados de ánimo. No llevaba maquillaje alguno, y vestía un *kimono* tradicional que cubría gran parte de los filamentos e implantes del resto de su cuerpo.

—Gracias por la invitación, Valkyria —dije, tras acomodarme como pude en el suelo. Gabriella, aunque todavía irritada porque no le había comentado nada sobre mi relación con Valkyria, comenzó a mostrarse un poco más cómoda en presencia de la modelo. En aquel momento no paraba de mirarla, y algo me decía que estaba grabando con sus implantes cada segundo del encuentro. Yo, para mantener la costumbre ante ella, minimicé las interfaces y las ventanas emergentes.

—¿Desean algo de tomar? —preguntó. De inmediato un robot bajito y reluciente apareció de la nada para tomar la orden.

Pedí sake, sólo para probar uno japonés auténtico. Gabriella prefirió un té caliente. Apenas el robot sirvió las bebidas, Valkyria le preguntó a Gabriella, con profundo interés en el rostro, en dónde nos habíamos conocido. Gabriella resumió la historia en pocas palabras, haciendo énfasis en los encuentros fortuitos que habíamos tenido en el trabajo justo antes de nuestra primera cita.

Antes de que Valkyria pudiera decir nada, Gabriella devolvió la pregunta, curiosa de conocer la historia de nuestra amistad. Tragué saliva, alarmado por la posibilidad de que Valkyria se excediera en los detalles del relato. Sin embargo, no lo hizo. Contó (con ciertos matices) cómo nos habíamos conocido por casualidad durante el desfile de modas en Francia, y después aseguró que su interés por los implantes oculares le habían llevado a contactarme de nuevo para que la asesorara en la elección de las tecnologías correctas.

Fue, para mi fortuna, una mentira muy convincente.

—Después del lanzamiento de mi primera línea de productos de Bācharubijon Technologies mantuvimos el contacto electrónico —dijo—. Al menos por un tiempo. Confieso que después me ocupé tanto en mis asuntos que abandoné por completo a mi viejo amigo.

Sonrió, y me lanzó un guiño. El gesto me hizo sentir una onda electrizante que corrió desde mi cuello hasta la parte baja de la espalda. Me pregunté si habrían sido cosas de mi cuerpo, o si ella, con sus nuevos aditamentos, también era ahora capaz de producir semejantes efectos a distancia.

—¿Les parece si comemos? —preguntó, echando la cabeza a un lado y soltando curiosos destellos celestes.

Bajo su recomendación, ordenamos una selección generosa de *temakis* acompañados con diversos caldos y platos con verduras ahumadas.

—¿Entonces estuviste investigando todo este tiempo? —pregunté al fin, curioso porque revelara qué era eso en su cabeza y cómo lo había hecho—. ¿Continuaste financiando a Bācharubijon para el desarrollo de nuevos tipos de implantes?

—Así es, como resulta obvio. Luego de perfeccionar los implantes oculares, refinamos los promotores táctiles. Como ves, disminuimos el diámetro de los filamentos —dijo, alzando las manos en el aire para que pudiéramos ver a qué se refería. Su coloración oscura se debía a los ahora cientos de finas líneas que surcaban sus dedos y brazos—, pero duplicamos su sensibilidad y alcance.

—¿Promotores táctiles? —preguntó Gabriella frunciendo el ceño.

Con sus dotes de científico, Valkyria explicó con lujo de detalle qué eran y qué hacían ese tipo de implantes.

—¿Y qué diferencia hay con el tacto normal? —inquirió Gabriella—. También nosotros podemos sentir el calor, las texturas, o hasta las corrientes eléctricas.

Valkyria levantó la comisura de la boca. Los trazos dorados de sus ojos centellearon al compás lumínico de los hexágonos en su cabeza.

—Puedes sentir, es cierto. Pero apenas un rango, por decirlo de alguna manera. Tendrías que probar los promotores para poder entenderlo. Digamos que sabes algunas palabras, pero no el vocabulario entero. Yo conozco el vocabulario entero.

De pronto sentí incómodo su tono arrogante.

—¿Y qué hay de..? —vacilé—. De eso.

Me señalé mi propia cabeza.

Justo cuando esperaba atento la respuesta, el robot regresó para servir la mesa. Valkyria aguardó a que terminara, probó un par de bocados de las verduras y después bebió de su té gustosamente.

—Este es el más reciente y más avanzado de los productos que pronto la empresa lanzará al mercado. El concepto fue por completo mi idea y, aún cuando al principio los ingenieros se mostraron escépticos de lograrlo, como pueden ver, resultó todo un éxito.

Tomó otro sorbo de té. Parecía disfrutar el dramatismo que le daba a la conversación.

—Lo que están viendo son una matriz de neurosensores que están adheridos a mi cráneo por debajo del cuero cabelludo. Cada neurosensor contiene un filamento principal que atraviesa el hueso y se despliega sobre la corteza cerebral en cerca de dos mil nanohilos que interactúan directamente con las neuronas y son sensibles a los neurotransmisores. Al funcionar en conjunto con una serie de algoritmos de análisis de datos el equipo de desarrollo logró traducir los procesos y las capacidades mentales del usuario en representaciones gráficas que son generadas sobre las luminarias hexagonales que recubren a los neurosensores.

Agregó a la explicación que los demás filamentos brillantes que la recorrían de pies a cabeza tenían la doble intención de exteriorizar sus estados mentales y mantener la estética armoniosa de los neurosensores.

—Las pruebas han demostrado —continuó—, que tal como lo consideré en mi concepto, los colores de salida, el brillo y la forma de los patrones y la frecuencia de los destellos espontáneos varían según el nivel de lucidez, creatividad e inteligencia del usuario, e incluso, responden también a sus estados anímicos y emocionales.

—¿Entonces exterioriza también los sentimientos? —pregunté, y Gabriella se volvió hacia mí con una expresión que demostraba que le estaba costando llevar el hilo de la conversación.

—En ocasiones, sí.

—¿En ocasiones? ¿Entonces no eres capaz de controlar los patrones a tu gusto?

Valkyria negó con la cabeza.

—Imagina las salidas de los hexágonos como una traducción, tal cual dije, de tus características mentales. Te muestra como eres, o como sientes. No puedo encender o apagar las luces a mi antojo. Ellas brillan, se atenúan o cambian de color según lo que ocurra en mi cerebro, pero la belleza visual depende directamente de la belleza intelectual de quien lo lleva. ¡Deberías ver cuán hermosos son los patrones que surgen cuando leo algo interesante, o cuando estudio con atención!

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó entonces Gabriella—. ¿Acaso las luces no encienden si quien las lleva es idiota?

Enarqué las cejas y la miré enseguida, sorprendido por el sarcasmo poco frecuente en ella, pero después regresé mi atención a Valkyria y le sostuve la mirada pues la pregunta, de hecho, tenía mucho sentido.

—Encienden —aseguró la modelo, y el azul de sus sienes se oscureció un poco—, pero los patrones de salida probablemente serán monótonos y carentes de toda vida. Los neurosensores te hacen hermoso, sólo si lo eres realmente.

Gabriella arrugó la cara.

—¿En realidad te parece todo eso hermoso? —dijo, ondeando las manos en dirección a la modelo.

Valkyria entrecerró los ojos y una súbita secuencia de barras blanquecinas se propagaron a lo largo de su cabeza. Se llevó un trozo de arroz con salmón a la boca y masticó despacio.

—Tú eres una persona hermosa, Gabriella. Estoy segura de que estás acostumbrada a que la gente te sea amable, ¿no es cierto? Probablemente en tu vida obtuviste muchas cosas con facilidad, y en ocasiones incluso te preguntaste cómo lo habías logrado con tan poco esfuerzo.

Gabriella se encogió de hombros.

—Tal vez. Nunca me he puesto a pensar en ello.

—Piénsalo —sugirió Valkyria—. ¿Cuántas veces entraste en un sitio y sentiste una multitud de miradas que se posaban en ti? ¿Cuántas veces has sentido la envidia de las mujeres o la admiración de los hombres que te rodean día a día? ¿Cuántas veces te preguntaste si te envidiaban o admiraban por quien eras, una mujer inteligente y simpática, o si era debido a tu bello rostro, a tu cabellera, tus piernas perfectas o tus jugosos y mejorados senos?

Gabriella esquivó la mirada y se sonrojó.

—Valkyria —le reclamé, alzando la voz.

—Imagina ahora no contar con la misma suerte —prosiguió, sin prestarme atención—. Imagina ser una persona normal, sin la bendición de un rostro hermoso o un cuerpo atlético. Imagina que lo único brillante y excepcional que tienes es tu cerebro, y que nadie puede verlo porque la sociedad en la que vives sólo hace caso a las apariencias. ¿Cuán fácil y agradable crees que sea el mundo en ese caso?

—Entiendo tu punto —espetó Gabriella como respuesta—, pero me parece que exageras terriblemente. ¿Acaso crees que a las personas brillantes les va mal en la vida, que andan por allí luchando por un trabajo o algo así? Dime, ¿Crees que los científicos e ingenieros que te ayudaron con eso se sienten miserables por sus vidas?

Valkyria respondió con un tenso rictus y una repetición de destellos verdosos.

—Por supuesto que no. A lo que quiero llegar es que así como la gente hermosa puede valerse y hacer alarde de sus dotes sólo con un poco de maquillaje o una cirugía plástica, por qué no brindarles a quien lo desee la posibilidad de exteriorizar su inteligencia y belleza interna, esa que tantas veces mencionan con hipocresía.

—Quizá por temor —dije entonces, contemplando cada minúsculo detalle de su extraña humanidad.

—¿Temor? —dijeron al unísono mis acompañantes.

—Temor de saber con certeza que en el mundo existen infinidad de personas mucho más inteligentes que uno. Solemos admirar la belleza física, venerarla en muchos casos. A veces sentimos envidia de quienes son más atractivos que nosotros, pero cuando se trata de

la inteligencia, creo que lo natural en los seres humanos es sentir temor. La gente le teme a lo que no entiende, ¿no es cierto?

>>Quienes están en posiciones de poder, por ejemplo, siempre temen que un subalterno, mucho más brillante y creativo, destaque sobre él mismo y ponga en riesgo su puesto. Para suerte de los jefes, la incompetencia suele no ser visible a simple vista.

—Hasta ahora —dijo Valkyria—. Precisamente de eso se trata, Eliécer. De hacer visible lo que en verdad merece ser visto. Durante años el mundo entero contempló mi rostro y mi cuerpo y creyó que eso era todo, y lo único, que yo era. Pero siempre me sentí algo más, algo a lo que le era irrelevante mi propio aspecto. Ahora no sólo tengo la oportunidad de enseñarme como soy, sino que cualquiera podrá hacerlo.

De pronto la intensidad de su luz aumentó tanto que pude ver con claridad cada rincón del salón. En medio del lugar, ataviada con el opulento kimono, la cabeza rapada, los ojos centelleantes y la piel repleta de trazos vibrantes, Valkyria pareció transformarse en una especie de diosa.

O en un monstruo.

—¿En verdad crees que alguien comprará tu invento? —preguntó Gabriella con incredulidad.

—Lo harán. Decenas, cientos y miles —dijo con firmeza en la voz—. Estoy convencida de ello. ¿No te parece, Eliécer?

Con la cabeza gacha mordisqueé un trozo de alga *nori* y pensé en silencio. Tras escuchar el afanoso discurso de Valkyria, concluí que sus cambios no se habían limitado únicamente a lo físico. De pronto me costó reconocer en ella a aquella mujer misteriosa pero vivaz y divertida que me había llevado a conocer París en una noche extraordinaria. Al igual que le ocurría a las personas obsesionadas con su apariencia, Valkyria se mostraba obcecada con sus conceptos sobre exteriorizar la inteligencia.

Lo curioso era que estaba tan convencido como ella de que otros, en muchas partes del mundo, compartirían sus ideas.

—De hecho, creo que sí. Lo harán. Lo comprarán... —murmuré las últimas palabras.

—Yo no lo creo —refunfuñó Gabriella y se ocupó de su cena.

Como era inevitable, nos sumamos de nuevo en un incómodo silencio.

Mientras me preguntaba por qué había accedido a venir a cenar con ella acompañado con Gabriella, una notificación de mensaje emergió repentinamente en mi espacio de visión, a pesar de que las había deshabilitado. *Ella piensa que estoy loca*, decía. *Le repugno*.

Enseguida levanté la mirada hacia Valkyria y fruncí el ceño. Cuando se creaba un mensaje, tenía que ser redactado a partir de la voz, o había que manipular con los dedos, tal cual fuera un teclado real, el teclado emergente que era proyectado en el espacio por los implantes oculares. Los mismos implantes interpretaban el movimiento de los dedos sobre el teclado virtual e introducían el texto a ser enviado. Valkyria no había pronunciado palabra alguna, ni había hecho ningún movimiento en el aire con sus manos. O bien había tenido el mensaje preparado desde antes, o había desarrollado una nueva manera de redactarlos.

Lo sé porque puedo sentirla, casi puedo escucharla diciéndomelo al oído, brotó en una nueva ventana emergente. *Y lo que percibo de ti no es muy diferente, Eliécer. Estás nervioso, lleno de dudas. Todavía puedo percibir tu amor hacia mí, la atracción que sientes, pero tienes miedo.*

¿Cómo carajo sabes eso?, pensé, fulminándola con la mirada.

Lo sé porque puedo escuchar tus pensamientos, Eliécer. Te lo dije: conozco el vocabulario entero.

Aquellas palabras me hicieron atragantar con un trozo de alimento. Me puse de pie de un salto y Gabriella, a mi lado, se levantó conmigo, sorprendida. Me palmeó la espalda y tomó su vaso de té para ofrecérmelo.

—¿Te encuentras bien, Eliécer? —preguntó Valkyria, enarcando las cejas con supuesta preocupación.

Tomé un largo sorbo del té y asentí con la cabeza.

Te dije que me verías de nuevo, envió. Ya fui tuya en dos oportunidades, ¿quieres sentirme ahora, quieres experimentar como soy realmente? Ahora puedo estremecer tu mente, tanto como tu cuerpo.

—No puedo creerlo, Valkyria —dije.

—¿Qué sucede, Eliécer? —preguntó Gabriella, confundida.

Cientos y miles, Eliécer. Lo comprarán.

Detrás del texto, los haces azules de su cabeza brillaron tan fuerte que, enceguecido, apenas pude ver que Valkyria sonreía.

Sentí un escalofrío, y tanto las ventanas emergentes como la realidad detrás de ella comenzaron a dar vueltas. Sobre mis brazos y entre mis piernas la sensación de un millar de dedos curiosos hizo que me estremeciera. Aún cuando no tenía manera de describirlo, sabía que Valkyria me escrutaba por dentro, hurgando mi mente y mis recuerdos, alimentándose con mis pensamientos.

—¡Ya basta! —exclamé, perturbado.

Valkyria replegó su invasión mental segundos después, dejándome tomar aliento. Serena y todavía sonriente, me contemplaba con satisfacción, sin duda consciente de que, muy en el fondo, había disfrutado de su íntima presencia.

Gabriella intercambió miradas entre nosotros, aterrada.

—Lo siento, Valkyria —dije, esquivándole la mirada—. Gabriella, es hora de irnos.

Ella no vaciló en estar de acuerdo conmigo.

—Por supuesto, Eliécer —dijo Valkyria e inclinó la cabeza—. Ha sido un placer, Gabriella.

La puerta de mi habitación estará toda la noche abierta, para ti, me escribió, y agregó la dirección exacta del hotel y el número de habitación correspondiente. Por último, como si me hubiera tocado una vez más con sus electrizantes dedos, una fuerte descarga estremeció mi abdomen y bajó hasta mi entrepierna en una abrumadora sucesión de estallidos.

Salí del salón con la respiración acelerada, arrastrando de la mano a Gabriella. En el taxi de regreso al hotel, no paró de preguntarme con insistencia qué me había sucedido, pero yo no pude ofrecerle respuesta alguna. No supe cómo.

Enmudecido, esquivé mi rostro hacia la ventana del taxi y con la mirada vidriosa repetí en mi cabeza una y otra vez los mensajes que Valkyria me había enviado, casi como si los estuviera leyendo ella misma en voz alta. No cabía duda, sus investigaciones y su tecnología habían sobrepasado los límites de los cinco sentidos, y aunque en cualquier otra circunstancia me habría sorprendido gratamente del tal logro científico, en ese momento no pude evitar el sentir un profundo temor. Después de todo, no podía dejar de pensar en las implicaciones de ese nuevo poder en ella, y en cuales serían sus intenciones y consecuencias. Tampoco estaba seguro de si ella aún mantenía la cordura.

Pero mi mayor desasosiego se debía a esa sensación intensa que todavía persistía en mi cabeza, en mi pelvis y mi pecho. Aquel estremecimiento me hacía recordarla y desearla, tanto como temerla. La quería lejos de mí y al mismo tiempo la quería en mi interior, muy cerca, para vivirla una vez más, para saborearla y padecerla.

Pensé que tal vez era yo quien había perdido la razón, víctima de ella.

De vuelta al hotel en donde nos hospedábamos, Gabriella intentó apaciguarme con besos y caricias, pero aún con su esfuerzo fui incapaz de responderle. Nos fuimos a la cama y nos dimos la espalda con resignación, como aquellas parejas que permanecen juntas solamente por costumbre. Después de apagar la luz, en mis ojos todavía brillaba el turquesa intenso de la humanidad de Valkyria.

Por una hora o un poco más, me mantuve sumido en la oscuridad de la habitación, escuchando tan sólo el latir de mi corazón y la respiración ligera de Gabriella. No podía conciliar el sueño, y aunque trataba con todas mis fuerzas de negarlo, sabía exactamente a qué se debía.

Respiré profundo y me volví hacia Gabriella, que dormía muy cerca del borde de la cama, lejos de mí. Me besé los dedos, le acaricié la mejilla a modo de disculpa y despedida, y después de vestirme en silencio reactivé las proyecciones de mis implantes para recuperar el mensaje en donde Valkyria me había colocado los datos del hotel.

Cuando salí de nuevo en busca de un taxi, lloviznaba en Tokio.

Cuando entré en la habitación de Valkyria, la calidez de su cuerpo rutilante y la exquisitez de su mente seductora me engulleron por completo. Jamás sentí tanto miedo de una mujer, y jamás sentí tanto miedo de mi mismo.

Aún así, disfruté cada minuto.

Nunca volví a verla de nuevo. Al menos, no en persona.

La semana después de su aparición en la conferencia de Tokio, anunció el lanzamiento de su línea de neurosensores y emprendió una gira de mucha mayor escala que la vez anterior. Los medios de comunicación se vieron inundados de publicidad, entrevistas, artículos y programas que comentaban y criticaban los productos y, por supuesto, a la propia Valkyria.

Quienes se manifestaron al principio con mayor fuerza fueron los detractores de la nueva variedad de implantes. No sólo despreciaron las cualidades estéticas de los neurosensores, sino que llevaron el discurso a terrenos abstractos como la alteración del carácter propio de la humanidad o la redefinición del ser en detrimento de la especie. Teniendo en cuenta lo que yo sabía sobre Valkyria y sobre las capacidades de sus invenciones, aquellos argumentos de pronto no me resultaron tan exagerados, al menos la parte que hacía referencia a la alteración de los seres humanos como especie.

Tal vez no se trataba de una alteración para mal, sino el primer paso a una nueva e inesperada dirección. Sin embargo, los especialistas jamás comentaron nada sobre la capacidad de leer los pensamientos, y teniendo en cuenta la avalancha de sucesos que ocurrieron luego, al parecer los modelos que habían llegado al público no contaban con esa característica especial que (muy bien lo sabía) sí tenían los de Valkyria.

Poco a poco, la controversia alrededor de los neurosensores fue convirtiéndose en interés, y sólo fue cuestión de meses antes de que los primeros usuarios, personas en principio comunes y corrientes que sintieron la imperiosa necesidad de demostrar lo que

eran y valían internamente, se sometieran al procedimiento quirúrgico para incorporar los implantes a sus cuerpos.

Como todo lo nuevo y desconocido, las primeras impresiones fueron de rechazo. Sobre todo, cuando había en todo el mundo tal vez apenas una centena de portadores de los neurosensores y demás implantes de la serie Durand, como había sido bautizada.

Eventualmente los cientos se convirtieron en miles, y los miles en millones. Contrario a lo que había afirmado la mayoría, los implantes Durand pasaron de ser una rareza o un capricho sólo deseable por un loco, a una parte fundamental del cuerpo de cualquier persona que se considerase orgullosa y digna de su propia inteligencia, y que no tuviera el temor de hacer alarde de sus cualidades del mismo modo en que lo hacían hombres y mujeres con sus implantes estéticos.

Tal cual lo había deseado Valkyria, la percepción de rareza que implicaban tener un festival de luces en la cabeza y el cuerpo, se transformó del rechazo, a la comprensión y el reconocimiento de que esas luces no significaban cualquier cosa. Pronto supieron que las características del espectáculo luminoso reflejaban el conocimiento y las capacidades intelectuales de quien llevaba los Durand, y cuando el resto del colectivo aprendió a ponderar y apreciar tal hecho, entonces las expresiones de asombro fueron convirtiéndose demostraciones de respeto.

Cualquier mujer voluptuosa de largas piernas, cintura minúscula y senos turgentes ya no era la que hacía volver todas las miradas en una fiesta. En su lugar, el aliento de todos parecía detenerse cuando un Durand entraba en el sitio. Así, el término dado para llamar a los implantes ahora se utilizaba para referirse a las personas que los usaban.

No tardó demasiado en que los Durand formaran parte de la sociedad y pulularan en las calles, los edificios, los centros comerciales o los puestos de trabajo, unos más brillantes que otros, pero todos luciendo con orgullo sus rutilantes cabezas rapadas.

Para mí, tal hecho resultó más duro de lo que esperaba, pues cuando me topé con uno de ellos por primera vez, el recuerdo de Valkyria y de nuestra historia juntos fue sobrecogedor. Difícil fue encontrar en cada mujer alterada un pedazo de Valkyria y saber que, aún cuando me involucrara con cualquiera de ellas, ninguna sería capaz de ofrecerme eso que la modelo había grabado al fuego en mi mente y mi corazón.

Valkyria me había cambiado, tanto como a ella misma.

La odiaba por eso y, a pesar de que mi temor por sus habilidades y lo que pretendía hacer con ellas persistía, día tras día toda mi mente y mi cuerpo me confirmaban el terrible hecho de que también la amaba como a ninguna otra. Irónicamente, jamás consideré seriamente el colocarme unos Durand.

Como le había dicho alguna vez, confiaba en mi propia inteligencia. Viví aferrado a la idea de que no me había hecho falta una cabeza de colores para seducirla y ganar su amistad y confianza.

Aunque, pensándolo bien, quizá se trataba de una idea ingenua.

Hoy, cerca de tres años después de nuestro último encuentro, he notado que su aparición en eventos públicos o en informaciones de la red ha cesado por completo. Eso, está claro, sólo puede significar una cosa: ha regresado al laboratorio. Ha llegado el momento de continuar, y quizás terminar, el verdadero trabajo de su vida. Así que esperaré atento, pues no cabe duda de que en un tiempo nos veremos de nuevo.

Tan sólo espero poder reconocerla, una vez su transfiguración esté completa.